
MARCIAL GALA
SENTADA EN SU VERDE LIMÓN
CARIBE
ARCHIPIÉLAGO
CORREGIDOR



Marcial Gala nació en La Habana (Cuba) en 1965. Es narrador, poeta y arquitecto. Miembro de la Unicón de Escritores y Artistas de Cuba, UNEAC. Premio Pinos Nuevos de cuento 1999. La Catedral de los Negros recibió las distinciones Premio Alejo Carpentier 2012 en el género novela y Premio de la Crítica a los mejores libros publicados en Cuba en 2012. En la actualidad vive entre Buenos Aires y Cienfuegos. Ha publicado los siguientes libros: Enemigo de los ángeles, cuentos (1995), Dios y los locos, cuentos (1998), El hechihzado, cuentos (2000), Moneda de a centavo, poemas (2009), Es muy temprano, cuentos (2010), Monasterio, novela (2013), Escuchando a Miriam H, cuentos (2015), La Catedral de los Negros, novela (2015, Corregidor), Sentada en su verde limón, novela (2017, Corregidor).

CORREGIDOR

MARCIAL GALA

Sentada en su verde limón

Colección

Archipiélago Caribe

1. Simone, de Eduardo Lalo
   Prólogo: Elsa Noya
2. La piscina, de Edgardo Rodríguez Juliá
   Prólogo: Carolina Sancholuz
3. La inutilidad, de Eduardo Lalo
   Prólogo: Gabriela Tineo
4. Un seguidor de Montaigne mira La Habana, de Antonio José Ponte
   Prólogo: Teresa Basile
5. Los países invisibles, de Eduardo Lalo
6. Emoticons, de Aurora Arias
   Prólogo: Gabriela Tineo
7. La Catedral de los Negros, de Marcial Gala
   Prólogo: Celina Manzoni
8. Sentada en su verde limón, de Marcial Gala
9. Intemperie, de Eduardo Lalo
10. Historia de Yuké, de Eduardo Lalo
11. Intervenciones, de Eduardo Lalo
    Prólogo: César A. Salgado
12. Roncanrol, de Marcial Gala

Gala, Marcial
Sentada en su verde limón / Marcial Gala. 1ª ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Corregidor, 2019.
Libro digital, EPUB (Archipiélago caribe / Pampín, María Fernanda; 8)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-05-3211-2

1. Narrativa Cubana. 2. Novela. I. Título
CDD Cu863

ISBN edición impresa: 978-950-0531-47-4

Diseño de tapa:
Ezequiel Cafaro

Rodríguez Peña 452 (C1020ADJ) Bs. As.
corregidor.com
corregidor@corregidor.com
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Libro de edición argentina.

Digitalizado por DigitalBe© (Mayo/2019)

InclusivePublishing - Este ebook cumple con la Recomendación Técnica de Accesibilidad para lectores con capacidades visuales, auditivas, motrices, y cognitivas diferentes.

Acababa de terminar el duodécimo grado y le gustaba leer, preferentemente autores cubanos contemporáneos. Nos conocimos en la biblioteca provincial y nuestra primera conversación versó sobre Florencia y sobre Savonarola el monje. Quedó fascinada. ¡Cómo tú sabes, Ricardo!, me dijo sin asomo de ironía. Luego compré una botella de vino y nos sentamos en el viejo muelle de Cienfuegos a beber y a cantar canciones de Joaquín Sabina. Al final la besé en la boca y decidimos ser amigos para siempre, aunque cayera la bomba atómica.

Pasaron unos meses y cuando la volví a ver, era rockera, andaba con el pelo sucio y un viejo pulover de Iron Maden. Me asombró verla así. ¿No te has enterado, Kirenia?, los rockeros en Cuba se acabaron hace años. Ahora la onda es ser rastafari, jinetera o culturosa, una rockera en Cuba es como un ajo en saco de cebollas, le dije y la invité a mi casa. Luego de tomar café, oímos música y luego fui a buscar más ron y más hierba, pero al desnudarnos dijo que tenía la regla. *Ricardo tú eres como un hermano para mí, dijo después, y con la familia una no hace ciertas cosas*.

—Hace demasiado calor para pensar –le dije– voy a refrescar.

Me vestí.

—Quiero ir contigo –dijo de pronto.

Dos cuadras más adelante se encontró un pequeño gato y lo tomó en los brazos y se agachó a acariciarlo y se le veían los blumeres y ambos estábamos borrachos y alguien gritó: ¡Puta! y yo me cagué en su madre y ese alguien paró el carro y se quería fajar conmigo, pero ella tomándome por el brazo me suplicó vamos y nos fuimos Prado abajo y no había más marihuana y nos estábamos hartando de todo, sintiendo el tren de la vida sobre nuestros hombros, sintiéndonos casi aplastados por la irrealidad, sentados en los bancos de un fantasmal Prado rodeados de gentes también fantasmales. Mierda, tuve deseos de gritar, pero me contuve.

—Kirenia –dije– estamos entrando por uno de esos canales sombríos que nos llevan directo a la nada, no te asustes si a partir de ahora todo toma aspecto de salirnos mal.

Yo me sentía elocuente, no sé. Para acabar hundí mi sucia lengua en la boca de Kirenia. La llevé para el destruido Círculo Deportivo, sitio preferido de masturbadores, cagadores furtivos y otros especímenes, nos metimos en la playa a templar con el agua al cuello y Kirenia afirmaba haber escuchado a una gaviota gritar nuestros nombres, pero por más que me esforcé no oí nada.

Luego al salir del agua, seguimos cantando temas de Joaquín Sabina. Le cambié las zapatillas Adidas de Kirenia a un revendedor de ron por dos botellas de Damují y seguimos bebiendo y de pronto Kirenia empezó a llorar, no recordaba dónde estaba. Me llamó Ania y alegó amarme mucho, mucho. Mucho como un cartucho, dije yo para joderla y la llevé hasta su casa y me dijo que debía haberme puesto preservativo pues no me conocía lo suficiente.

—Vete para la mierda, Kirenia –le dije.

Dos días después volvió a visitarme, estaba muy seria y me pidió disculpas por todo lo que había pasado entre nosotros. Me extendió su delgada mano y me rogó que fuera su amigo, nada más que eso, pero cuando lo acepté, me dijo *abrázame* y volvimos a templar y el mundo es lindo y en colores, al menos mientras dura un palo. Se sentía suave, se sentía especial: cagándose en la madre de Dios a cada rato para demostrarle al mismo padre celestial su independencia, fabricando unos poemas de lo más extraños, llenos de afirmaciones absurdas y de gerundios mal empleados. Venía a verme y yo nunca sabía qué era lo que esperaba de mí. A veces le daba por ser la dama sofisticada y entonces se vestía con unos ropajes de calidad poco común, otras veces era la puta triste y otras era la lesbiana en busca de pareja y entonces nos quedábamos los dos mirando pasar las muchachitas por el Prado y yo le decía *¿Kirenia, quieres que te presente a una chica linda*? Ella se reía y yo al cabo fui una tarde a visitarla con Liset, veintiún años y un cuerpo de hetaira griega. Liset era hija de Harris y se presentó a sí misma bajo el curioso título de la exestudiante Liset.

Venía cargada, traía parkisonil, hierba y un litro de alcohol de

noventa y nos fuimos para su casa y yo puse a Billie Holliday para llenar la noche de afectación y que la vida se nos empezara a ir despacio como los dientes a un hombre que envejece. Liset jineteaba y después llegó el Pepe de turno con una botella de ron dispuesto a participar en el jolgorio. Liset no estaba para él, a las claras se le notaban sus intenciones de jamarse a Kirenia. Así que embarajó al yuma y se las arregló para dejarlo sin botella de ron y mandarlo al hotel como un corderito.

—¿Y ese quién es? –preguntó el extranjero antes de irse señalándome a mí, y Liset le dijo que yo era su hermano. Para ese entonces ya Kirenia estaba borracha y se dejó desnudar y abrazó a Liset y me abrazó a mí y nos dijo que nos quería como a nadie en el mundo. Así era ella, siempre estaba queriendo a la gente más que nadie. En fin, me las templé a las dos, pero no fue la gran cosa, al final fue un asunto bastante triste verlas quedarse dormidas.

—No apagues esa música –fue lo último que dijo Kirenia.

Era triste. Es triste ser tan triste, pensé. Me he vuelto todo un pensador, pensé asomado al balcón de mi casa con marihuana en la boca y mirando a lo lejos.

Se pasa la vida fumando marihuana, dicen de mí en la cuadra.

Cómo si uno tuviera dinero para tanto, digo yo.

Dicen de mí: es mierda lo que pinta.

Dicen de mí: ese hombre no vale un kilo.

Dicen de mí: vive como un animal.

Dicen de mí: es un hediondo.

Dicen de mí: si la pobre madre estuviera viva se volvía
a morir para no verlo.

Hasta maricón es, dicen de mí, pero este es el cuento de Kirenia, así que me reservo lo otro que dicen de mí.

Al día siguiente, Liset llevó a Kirenia a casa de Harris, a esa casa llena de polvo e instrumentos musicales y le dijo, Mira, *el mejor músico de la ciudad y mi padre*. Kirenia, se presentó ella con una sonrisa. Harris sonrió también y la invitó a sentarse en uno de los viejos sillones y luego le

preguntó si había leído a E.E Cummigs.

—No.

—Él tiene un poema que habla de tus manos –dijo Harris y siguió sonriendo y a Kirenia le parecía que nunca en su vida había visto un hombre tan negro y tan grande. Allí en la sala de esa casa, entre los delicados instrumentos músicos parecía tan anacrónico como un animal fabuloso en una plaza pública.

—Eres hermosa –dijo él de pronto, pero no de una hermosura fácil, tu belleza es de las que uno descubre pasito a paso como el amanecer cuando surge vestido de raso. A las claras se veía que se estaba burlando de ella. No me gustan los viejos, estuvo a punto de decir Kirenia pero se contuvo, el hombre era viejo y no era viejo a la vez y Kirenia lo miraba, sin poder sustraerse a la impresión de que esos ojos carmelitas lo sabían todo.

—Bueno, me voy –dijo Liset y se puso de pie.

Kirenia también se levantó.

—Adiós –dijo Kirenia.

—No te vayas todavía –susurró Harris y Kirenia volvió a sentarse.

—¿Te quedas? –preguntó Liset extrañada y Kirenia se limitó a afirmar con la cabeza.

—Bueno –dijo Liset y le dio un beso al padre y otro a Kirenia y salió. Durante unos segundos se miraron sin decir nada y luego Harris empezó a hablar de Nueva York, pero no de la gran ciudad fácilmente imaginada por todos, si no de una Nueva York secreta, mágica.

Harris había nacido en la urbe, hijo de un inmigrante del caribe anglófono y una cubana y a esa ciudad estaban asociados los primeros recuerdos de su vida. Hablaba como si estuviera convencido de que ese tema, su propia vida, nunca podría aburrir a Kirenia y era verdad, Kirenia lo escuchaba sin decir palabras, muy interesada. ¿Quieres beber algo? Preguntó Harris de pronto y sin esperar la respuesta volcó un poco de licor en dos vasos y le tendió uno de ellos a la muchacha. Ella lo probó, era whisky. La bebida le quemó la garganta y le provocó un agradable

calor. Se sentía bien.

—¿Liset es su única hija? –preguntó por decir algo.

—Sí –dijo Harris y luego le pidió a Kirenia que le contara algo de su propia vida.

—No tengo casi nada que contar, solo tengo dieciocho años y me he pasado la vida estudiando en escuelas en el campo y deseando ser poeta, pero todo el mundo dice que en este tiempo ese no es un deseo cuerdo, que uno debe desear ser médico o especialista en informática.

Harris rompió a reír.

—Eres toda una loquita –dijo pero luego al ver la cara de Kirenia, aclaró: *Lo digo en el buen sentido de la palabra. Me gusta que seas así.*

—¿Ese es Dizzi Guillespie? –preguntó Kirenia mirando un retrato desde el cual el músico afroamericano abraza a Harris y sonríe.

—Si no le han cambiado el nombre es él, el viejo Diz que vestía y calzaba y ahora es sólo abono para jardines.

Kirenia miró con curiosidad a Harris:

—¿Siempre habla usted así?

—¿Así cómo?

Ella dibujó con las manos un enrevesado gesto.

—De esa forma un poco pintoresca.

—Eso depende de cómo tenga el día, hoy tengo mi sentido macabro alegórico en su apogeo.

Tenía cincuenta y cinco años y luego de darle la vuelta al mundo, había terminado en Cienfuegos tocando en un bar de mala muerte para un público constituido en su mayor parte por aficionados de los más diversos países que venían a Cienfuegos con el confesado objetivo de escucharlo. Gracias a él, la ciudad se había convertido casi en una meta turística. Supongo que a ellos dos, algún dios con un muy peculiar sentido del humor los había destinado a encontrarse, supongo que esas

cosas suelen pasar y no hay quien las evite. Kirenia y yo seguimos tomando ron y yendo al malecón a mirar las gaviotas y a contarnos cosas pero me hablaba cada vez más de Harris, me decía que era una lástima que un hombre así tomara tanto. Yo no le decía nada, yo esperaba y cuando caía la noche y los pescadores por mucho que se esforzaran no podían vernos, entonces decía a templar que se fue la luz, y allí mismo en el muelle como si no se hubieran inventado las camas nos acostábamos y yo le quitaba la ropa y ella me hablaba de Italia: soñaba con ver la capilla Sixtina.

—Yo estuve en Italia y es mejor soñar con San Pedro que ir a verlo –le dije– y en Italia conocí a una eslovaca y me gasté todo el dinero que gané vendiendo cuadros, fumando marihuana en un cuartucho tan estrecho que me parecía estar en la Habana Vieja.

—¿Eso fue en Roma? –preguntaba Kirenia.

—En Milán –respondía yo y me movía más rápido hasta que Kirenia empezaba a suspirar y decía que rico y entonces yo preguntaba: ¿Te gusta? Y ella me decía que sí y que me moviera más rápido y luego decía: ¡Ay! y yo le decía que esa eslovaca era el amor de mi vida y que tenía los pendejos pelirrojos y padecía de cáncer y ella decía pobrecita y hacía un frío delicioso y nos veníamos juntos y luego seguíamos tomando vino y ella volvía a hablarme de Harris y a decirme que el músico no era como yo sino un hombre muy moral y muy caballero sí señor, muy medido y me va a llevar a La Habana a ver si puedo coger teatrología. No te imagino de teatróloga, le dije.

— ¿Y de qué tú me imaginas? –me preguntó.

—De puta de burdel –le respondí y la muchacha me echó el vino en el rostro y me dijo que yo a veces me olvidaba de que ella tenía 18 años y se fue caminando muy seria. Yo no hice nada por retenerla. Seguí bebiendo mi vino y a la media cuadra volvió.

—No quiero verte más –dijo y yo me encogí de hombros y la vi irse, la espalda más triste del mundo era la de ella.

Abrías la puerta del bar y entrabas en una atmosfera distinta, la vida dejaba de ser el asunto poco claro que es habitualmente, allí sentados en la mejor mesa estaban los amigos con los vasos en las manos, saludándome. Yo les sonrío, los quiero, digo y ellos me creen y a algunos se les humedecen los ojos, hemos vivido tantas cosas juntos. Somos los conejos salidos del sombrero de copa del mago, les digo con algo pastoso en la voz y es que me emocionan mis amigos y es que ya vamos quedando menos, los demás ya se han ido, los demás, ya son fantasmas. Kirenia está muerta, me dicen y yo no lo creo del todo, tengo que verla para creerlo, además dicen que es culpa mía. Siempre dicen lo mismo, son viciosos de hallar un culpable para todo los muy perros. No se conforman con ver las cosas como son. Caminar una cuadra, doblar en la esquina, saludar a las muchachas, regresar al bar, coger el saxo y sacarle tres notas, una nota colorada, otra azul y otra amarilla para ti princesa le diría, para ti princesa que quieres saberlo todo inclusive qué color tiene la muerte pero ten cuidado, soy sólo una minúscula partícula constituida cien por cien con polvo de estrellas, una bacteria que le emite música al universo. Ese soy yo, Kirenia, nada más, le decía esas tardes cuando estábamos de ánimo de conversar y entonces parecía que el universo cabía dentro de unas palabras. Ven y bésame, decía ella y yo le besaba los labios pero tenía que repetirle para que se acordara: sólo tienes 18 años, yo soy un anciano para ti, no hagas locuras, luego ella decía coño solo tengo 18 años, y también se asombraba de ser tan joven.

La espalda más triste del mundo era la de ella. No se me olvida. La volví a ver, hablamos de Florencia y de Cola di Renzo y nos sentamos en el Prado.

—Estás bella –le dije para alegrarla un poco, puso la carita que solía poner cuando deseaba confesarme algo y me dijo que había abandonado la casa de la madre y ahora vivía con Harris y él era un gran músico y necesitaba dinero y si yo podía prestarle algo.

—Vas por un mal camino, Kirenia, dile a Harris que si desea beber se pague él mismo el alcohol.

Se paró del banco, pero volvió a sentarse con un suspiro.

—¿Por qué eres tan malo?

—Soy realista, yo me pago mi marihuana.

—Pero tú eres joven, y él es un hombre enfermo.

—Enfermo de la cara.

—Estás celoso.

—Quizás –admití.

—¿Si tanto te quiere por qué no consigue trabajo en alguna orquesta? –le pregunté después y me respondió con esa vocecita de iniciada que solía asumir para hablar de Harris, que él era un gran músico y que le habían hecho muchas injusticias. Luego preguntó:

—¿Me vas a dar el dinero o no?

—No –le dije, pero le di los veinte pesos que llevaba encima.

—Gracias.

—Cómprale calambuco, le dije y luego:

—¿Cuándo vamos a echar un palito?

—Un día de estos –dijo ella, se levantó y me dijo que tenía que regresar a prepararle la comida a su Harris.

Para tocar cerraba los ojos, y ponía una expresión que afeaba su cara de rasgos agudos, las venas de la garganta parecían a punto de explotarle de tan hinchadas y sudaba mucho. Sobre la pequeña mesa descansaba el whisky, regalo de un admirador holandés y él hacía una pausa y tomaba directamente de la botella. Luego volvía a su música, la muchacha estaba sentada muy cerca, en una mesa donde había otras tres personas, dos canadienses y un checo muy joven que miraba todo con aire de perplejidad, los tres eran fanáticos del jazz y cuando el hombre negro empezó a improvisar parecieron a punto del éxtasis. Bravo, dijo uno de los canadienses, hombre de edad madura y Harris lo miró al parecer con rabia y bebió su trago. *Están de mierda estos Pepes*, dijo, *tacaños como ellos solos*. Estaba borracho aunque se le notaba poco, le hizo una seña a la muchacha, ella se levantó, le pidió permiso a sus compañeros de mesa y puso un cigarro en la boca de Harris. Gracias, dijo él, lo encendió con una fosforera dorada y fumó con calma sin mirar al público que llenaba el

local, al cabo se le acercó un camarero: Los franceses de allá quieren que interpretes a Amstrong, dijo. Diles que se vayan pa la mierda, dijo él y el camarero se echó a reír. *Tocar para unos imbéciles que no se sabe de dónde carajo salieron, sentir que la garganta se te llena de pus, vacilar un instante, desperdiciar la buena música para que los yumas tengan buena digestión, cagarse en sus madres con el saxo, buen oficio, extenderse, vacilar y suspirar, decir soy un suicida de mierda con el saxo, decir estoy vivo a medias con el saxo, decir todo el mundo está vivo a medias con el saxo. Dios también toca el saxo todas las mañanas para un coro de ángeles que se limita a escuchar. Me voy pa la mierda de este bar, está lleno de fantasmas, estoy cansado de verlos sentarse en la mesa de los putos clientes ciegos, de verlos tomarles las bebidas y gritarme bravo Harris negro mono, tocas mejor que Dios, son unos putos los fantasmas también, el mundo es una chambelona que Dios no se cansa de lamer. Estás lleno de odios me dice Kirenia, no sé cómo te soportas a ti mismo, eres como un niño pequeño, por eso te quiero tanto. Qué puta más sabionda eres le digo yo y le pido que me la chupe. Me gusta que me la chupen bien temprano mientras toco el saxo para que la nada me escuche. Me gustaría tocar en un bar descontaminado, pero todos los de esta ciudad están llenos de fantasmas, voy a tener que cogerla de aquí, irme para la mierda, a donde los fantasmas no puedan llegar*. Dejó de tocar, puso el saxo sobre la mesa y se dio un trago largo, luego miró a Kirenia y le hizo una mueca. Vámonos, dijo y ella se puso de pie. Salieron, eran las seis de la tarde. Ya estaba borracho y cuando estaba borracho sentía de inmediato la necesidad de expresar sus inquietudes sociales, las cuales se resumían en tres, lo jodido que estaba esto, lo hijo de puta que eran los extranjeros y el racismo. Ese era su tema preferido, cuando apretaba esa tecla, Kirenia sabía que había para rato. Tu madre es una puta, decía. No hables así decía Kirenia. Ella cree que me está haciendo un favor dejándome andar contigo, yo que por poco me siento en las piernas de la reina Isabel, yo que en Nueva York toqué una vez con los Rolling Stone, con Earth, wind and fire y con la madre de los tomates. Eso me pasa a mí por enredarme con guajiritas. Este no es país para un hombre negro, es mejor morirse que caer debajo de los blancos,

pero cuando yo me recupere me la van a tener que mamar, te lo digo yo, Kirenia, me la van a tener que mamar. Nunca especificaba quien tendría que mamársela por lo que Kirenia imaginaba una cola larguísima de hombres y mujeres esperando a que Harris se abriera la portañuela.

—A veces tengo ganas de terminar contigo –dijo Kirenia de pronto– sobre todo cuando ofendes a mi madre, dices que ella es racista y es verdad, ¿pero tú has tratado alguna vez de ganártela?

—Yo no tengo que ganarme a la vieja bruja esa, yo soy un artista, una gloria de este país, cojones.

Dijo esto último gritando y tropezó con un hombre.

—Fíjese por dónde camina –dijo este y Harris lo golpeó en la boca con uno de sus enormes puños de exboxeador.

—Levántate, cojones, levántate –gritó– saca la cara por los blancos.

El hombre, un mulato bajito y fornido se alejó corriendo.

Mierda, mierda, gritaba Harris en el medio de la calle y cuando Kirenia trató de contenerlo la golpeó en la boca, blanca puta le dijo, blanca puta. Luego siguió caminando, dando tumbos pero con el saxo firmemente agarrado. Cuando regresaba a mi casa, vi a Kirenia. Sentada en el Prado, mantenía la cabeza baja. Me senté a su lado, me miró y sonrió. Tenía el labio inferior hinchado.

—¿Qué te pasa? –pregunté.

—No te importa –dijo ella– vives metiéndote en mi cabrona vida como si la tuya fuera perfecta.

—Vete al carajo, Kirenia –le dije con suavidad y ella no me lo tomó a mal.

—¿Qué estás pintando ahora? –me preguntó.

Le dije que estaba diseñado un mausoleo al mirahueco.

—Al menos tú tómame en serio –dijo ella.

—Vamos a templar –le dije.

—Sólo tengo 18 años –dijo ella– ¿por qué me tratas así?

—Discúlpame –le pedí.

—Quisiera que todo fuera distinto, quisiera levantarme por la mañana

y que alguien me preguntara: ¿Cómo estás, Kirenia, dormiste bien? Léeme un poema Kirenia por favor. ¿Te acuerdas Ricardo, cómo hablábamos antes sobre literatura y sobre Italia, recuerdas?

—Sí que estás deprimida –dije yo y saqué mi último cigarro– métele.

Pero no quiso.

Cuando llegó, ya Harris estaba dormido y ella se quitó la ropa, se acostó y cerró los ojos.

—Soñé que estaba en Nueva York –dijo él al despertar– era en otoño y los cerezos estaban florecidos, Kirenia, yo iba caminando por una calle de la Quinta Avenida y tenía veinte años, la ciudad olía a juguete nuevo, la ciudad estaba a mis pies, yo iba a dejar de ser anónimo, Kirenia ¿puedes entender eso? Pronto los periódicos hablarían de mí. Entro entonces a un bar, me siento en la barra y voy a pedir un trago cuando algo me dice que hay un tipo detrás de mí. ¿Quién será ahora? Me doy vuelta y veo un mendigo churroso como el mismo carajo mirándome con la gris cuenca de sus ojos, luego sonríe con su desdentada boca y no dice nada. En ese momento aun no sé que el viejo es un fantasma, pero ya me cae mal, me cae mal gratis, así que le pregunto: *¿Qué?* Y de pronto atrapa con sus garras mi saxo nuevo y se desprende a correr. Fantasmas por todos lados, Kirenia, por todos lados.

—Mira como tengo los labios –dijo Kirenia con voz suave.

—¿Quién te hizo eso? –preguntó Harris.

—Mira que eres hijo de puta –dijo Kirenia y se levantó de la cama.

—Estaba borracho –dijo él.

—Tú siempre estás borracho y nunca habías hecho algo así, si lo vuelves hacer te mato Harris, lo juro.

—Si lo vuelvo a hacer no tendrás necesidad de matarme, porque me mataré yo mismo –sentenció Harris, se sentó en la cama, tomó las manos de Kirenia, se las llevó a los labios y luego se cubrió el rostro con esas

manos.

Kirenia veía cómo los hombros de Harris se movían convulsivamente y sentía deseos de acariciarle la cabeza y decirle que no se preocupara, que ella lo amaba. Desde la calle llegaban las voces de las niñas de la vecina del frente cantando, *Estaba la pájara pinta...* Kirenia se acuclilló frente a Harris y lo llamó, Harris, para que levantara la cabeza y viera que ella estaba sonriendo. *Sentada en su verde limón...* Harris vio el rostro ojeroso de la muchacha y los labios hinchados. *Con el pico recoge la rama...* No puedo mirarte, dijo y le soltó las manos a Kirenia. Ella lo abrazó. *Con la rama recoge la flor*.

Esa tristeza que te carcome y no te deja respirar, esa angustia terrible, ese deseo de no haber nacido que se te cuela por todos los poros y te deja tan seco. Esas ansias de salir desnudo a la calle y gritar tu nombre para que al fin sepan que existes, que eres más que un vano trozo de música. Es sentir que nos vamos, más que muriéndonos, rompiéndonos a pedazos poco a poco, que vamos arribando a la nada y no podemos evitarlo, no podemos evitarlo Kirenia.

Vienen días convulsos, cargados de horas vacías, meros sucedáneos de cuando pasaba algo pues aquí nunca pasa nada, Kirenia, excepto que ahora estamos más viejos y que tú estás muerta.

Harris bebió directamente de la botella. Estaba sentado en su mesa habitual del Palatino y al otro día se iba para Matanzas pues le habían ofrecido trabajo allí. Permiso, dije yo y antes de que me respondiera me senté en la silla vacía. ¿Cómo va la cosa?, le pregunté. Ahí, dijo él e hizo un gesto vago con los hombros. Estaba más delgado y no andaba con su saxo. Un camarero se le acercó, le sonrió y le explicó, Harris, yo soy hermano de Bembo el que trabajaba aquí. ¿Ah sí?, dijo Harris con desgana y le dio la mano. Serían las seis de la tarde y el parque comenzaba a llenarse de viejos, enamorados y niños que espantaban las palomas, las pocas palomas de los parques cubanos. También arribaban guaguas cargadas de apresurados turistas que lo miraban todo con ansiedad buscando algo que no encontraban, pues Cienfuegos es una mera ciudad de transito. ¿Puedo preguntarte algo?, le dije. Él me miró

con sus ojos carmelitas y asintió con la cabeza.

—¿Una vez le pegaste? –pregunté.

No tuvo que responder. A lo lejos alguien cantaba, *cosa nada rara porque en este país siempre hay alguien que canta*, pensé y le dije adiós a Harris y le di la mano y él me dijo que me daría algunos poemas de Kirenia para el libro que yo estaba escribiendo.

Con la rama recoge la flor. Se besaron. Las niñas seguían cantando. Era fácil imaginárselas cogidas de las manos, dando vueltas una en torno a la otra. Hacía calor. Harris le acarició la cara a la muchacha, le tocó con suavidad los labios hinchados y la sentó en sus piernas. Nunca volverá a pasar, repitió. Tócame algo, pidió ella. *Ay Dios, cuando veré a mi amor. Esta es la media vuelta, esta es la vuelta entera, esta es la reverencia, este es de medio lado, este un pasito adelante, este es un pasito atrás...*

Muy temprano en la mañana, el músico Harris Sanzo tomaba su instrumento e interpretaba tocatas no precisamente melancólicas y menos que nada para las gallinas de su barrio, las tocaba para una muchacha algo linda pero no demasiado, llamada Kirenia Gonzalo, una muchacha con la peregrina ocurrencia de dedicarse a la poesía.

(Tocando sacabas conejos del sombrero. Me anulabas tocando, me llevabas a donde tú querías, yo me olvidaba de tu continua peste a ron y me sentía feliz, era lindo no ser un fantasma entonces, era lindo estar ahí, caminar por las teclas de la vida, sentarme en el sillón e imaginar que tocas para mí, imaginar que si yo no estuviera a tu lado no podrías tocar así, imaginar que yo de algún modo te inspiraba, de veras que se me iba el deseo de recordarte que sólo tengo dieciocho años, sentía que de alguna forma tú eras hijo mío cuando tocabas, tocando no odiabas a nadie, estabas consagrado y listo para tomar la santa comunión, daban ganas de sentarse en el parque, decirle malas palabras a los viejos, enseñarle las tetas a los adolescentes, pasar a mejor vida con algún extranjero con cara de ángel. Cuando tú tocabas el mundo nacía, pero no te dabas cuenta, al acabar escupías y decías cojones. Yo te hubiera quemado la

boca cada vez que te oía decir cojones después de tocar.)

—Vístete que tenemos que irnos –dijo Kirenia.

—¿A dónde? –preguntó él.

—Tú sabes a donde.

—Nada de eso.

—¿Cómo no vas a ir a tu propio homenaje?

—Mierda –dijo él– veinte años tocando el saxo para nada, para que me den un cake con veinte velitas y me digan que estamos en período especial. Busca ron y vamos a tener nuestro propio homenaje.

—Eso es lo tuyo.

—Busca el ron, *babe*. Ve al Palatino y dile a Quintana que es para mí.

—Ya le debemos dos botellas y me va a hacer pasar una pena delante de la gente, Harris.

Algunas veces iba a visitar a Kirenia y a Harris. Claro que llevaba marihuana porque si no se negaba a tocar. También llevaba poemas para que la pobre Kirenia siguiera creyéndose poeta. Nos sentábamos en el piso, Harris ponía un disco de alguien y empezábamos suave con un ron que bajara fácil, no con Chispa de tren, ni con ninguna mierda reenvasada. Nosotros andamos con zapatos rotos pero consumimos lo mejor, la mejor marihuana, whisky o ron del bueno. Kirenia tomaba muchísimo. Había cambiado, aquella inicial fascinación por la poesía cubana ya no existía, ahora leía a los poetas franceses del XIX, mucho Baudelaire y Paul Valéry. *Estás desfasada, Kirenia*, le decía yo en broma, *ya nadie lee esas cosas*. Parecía muy enamorada, se sonreía sola mirando a Harris hablar de sus experiencias en Nueva York y en Nueva Orleans. Le gustaba que admiraran a su hombre y no podía llevarle la contraria sin que ella asumiera una actitud de gata ofendida, capaz de saltarme a la cara y sacarme los ojos. Lo recuerdo a él sosteniendo con una de sus manazas el saxo y con la otra el vaso de whisky. Para Harris siempre lo mejor, Johnny Walker y una adolescente de pelo largo, ojos melancólicos

y devota de la poesía para llevarse a la cama. A Harris hay que tratarlo con mucho cuidado, si le dices algo de más, se ofende, dice que es porque es negro y te manda para la mierda en menos de lo que canta un gallo, es un tipo incómodo, incomodísimo, pero toca como un ángel y se ha leído todos los libros del mundo aunque no lo parezca. Además conoció a John Lennon. Yo esperaba a que estuviera acelerado hasta los cojones, es decir a que la marihuana y el ron le salieran por las orejas para decirle: *Léenos cartas de John, Harris.*

—Usted es de mierda, chama –dice abarcándome con una mirada paternal.

Calla unos segundos. Se mete el pito en la boca y deja salir el humo despacio.

—Busca las cartas, Kirenia –manda al fin.

Ella se levanta con una sonrisa, con una sonrisa va hasta el cuarto y regresa con un grueso pliego. Montones de cartas.

—Lee alguna, Kirenia –dice Harris.

Ella empieza a leer con un inglés de alumna aplicada, tratando de pronunciar bien.

Toda esa correspondencia entre dos músicos, uno famoso y ya fallecido y otro alcohólico y fracasado tiene un único tema: John Lennon y Harris Sanzo se contaban sus experiencias paranormales, trataban de descubrir la naturaleza de los fantasmas, se mofaban de los fantasmas y le temían a los fantasmas. Ahora que John es un fantasma también no sé cómo le irá, dijo Harris mirándonos melancólicamente, la primera vez que nos habló de su amistad con Lennon. Yo estaba tocando en un bar de Filadelfia. Me acababa de liar a los piñazos con un camionero judío, tenía uno de los ojos hinchados y el humo de los cigarrillos me provocaba un continuo lagrimeo, así que parecía uno de esos negros tristes de *Lo que el viento se llevó*. Estaba muy furioso por eso y porque tenía deseos de beber y el dueño del bar era un hijo de puta, nada de bebidas en horario de trabajo, decía ¿Quién ha visto tocar jazz sin alcohol?, preguntaba yo y el muy maricón, uno de esos negros claros que le meten a la religión como

si fuera marihuana seguía negando con la cabeza. De modo que estaba furioso y cuando yo estoy furioso toco mejor que nunca. Yo tocaba para que a la perruna ciudad de Filadelfia le cayera un rayo que la partiera en dos. Tocaba con rabia, digo, y los otros músicos trataban de seguirme y teníamos a todos esos yanquis hechos unos locos, bravo, decían. Váyanse para la mierda, pensaba yo con mis ojos lagrimeantes y mi bemba hinchada.

De pronto se me acerca un individuo delgado, de espejuelos y de melena y me dice que él también es músico. Claro, tú eres John Lennon, le dije y él me dio la mano y me invitó a pasear por la ciudad. ¿Sera maricón John Lennon?, me pregunté y cuando salimos del bar me invitó a grabar con él en Londres. Yo dije que no. En Londres llueve mucho, hace un frío perro y la última vez que fui los fantasmas apenas me dejaban caminar. Cuando le mencioné los fantasmas se detuvo en seco. ¡Tú también sientes a los fantasmas!, dijo y me dio un abrazo y dijo que los odiaba, pues por culpa de ellos se habían desintegrado los Beatles. Vamos a crear una asociación antifantasmas, afirmó John, tocas como un ángel y si aún eres desconocido es por culpa de los malditos espectros.

Cuando Harris necesitaba beber decía primero, *Tengo sed* y luego, *Tengo sed* y finalmente, *Tengo sed*. Al oír el tercer Tengo sed, Kirenia trataba de tener alguna solución. *Voy a vender un vestido* decía mientras tuvo muchos vestidos o *Vamos a vender un sillón*, cuando había sillones y al estar la casa pelada como nalga de chino, pedía pequeños préstamos. Si Harris necesitaba beber de verdad era mejor para Kirenia buscarle la bebida y no atenerse a las consecuencias. Harris borracho era un caso difícil, pero sediento era un caso psiquiátrico. Borracho, últimamente le daba por subirse en las mesas de los cabarets a tocar el saxo, luego se sacaba la morronga, según expresión muy propia de él, y orinaba. Sediento era capaz de matar a alguien. Harris habitualmente tomaba

mucho, pero pocas veces pronunciaba las fatídicas palabras *Tengo sed, necesito beber*. Y luego cuando Kirenia regresaba con el alcohol, era tan dulce con ella, tan paternal, la dejaba tocar el saxo y le decía que tenía actitudes, que no era una gallega transplantada al trópico sino que tenía sangre de negra.

Cuando la bebida le hacía bien Harris era otra persona, yo los veía pasar cogidos de las manos, tan diferentes y tan iguales, pero bastaba cualquier pequeño percance para verlo cambiar de humor. Sobre todo lo irritaban los músicos jóvenes que veían en él una gloria de Cuba. Odiaba enseñarle a alguien cualquier cosa, Kirenia nunca había conocido a nadie tan roñoso con sus conocimientos, y cuando aceptaba un discípulo lo trataba peor que a un perro y le cobraba en dólares.

Por lo tanto sus pocos discípulos eran extranjeros. Él los llevaba a la casa y les pedía whisky y otras bebidas. Era fanático del whisky, le gustaba más que el ron y no le daba dolores de cabeza. Cuando se aburría de algún discípulo solía decir, *A correr liberales del Perico o cabo de la guardia siento un tiro o tengo a los soldados barriendo calles* y luego los sacaba de la casa, les decía que eran una vergüenza para el digno arte del saxo y que no lo hicieran perder más tiempo. Los discípulos regresaban a sus países convencidos de que Harris era el más grande de los cultivadores del jazz latino aún vivo. Él decía, cuando Kirenia le reprochaba tratar a esos jóvenes así, que los blancos eran hijos del golpe. Persona más racista no había conocido jamás Kirenia, ni tampoco más majadero, más borracho, más abusador y más egoísta. A veces Kirenia trataba de aclararse a sí misma las causas de su amor por ese hombre, pero por mucho que se esforzaba no lograba llegar a conclusión alguna. Se sentía rara, la mayor parte del tiempo, se sentía rara. A veces iba a visitar a su madre, apenas hablaban, se sentaban juntas a balancearse en los viejos sillones de la sala y la señora escuchaba las novelas de radio Progreso. Luego cuando Kirenia estaba a punto de irse, la madre solía decir, *Si tu padre estuviera vivo…* y Kirenia sabía que quería decir que si el padre viviera no le hubiera permitido juntarse con un negro.

Otras veces la madre decía: *Hija, pero si parece un mono*. La mayor parte de las veces, Kirenia se limitaba a decirle, *pero si yo lo quiero*, mamá. Otras veces Kirenia me visitaba a mí, hubo un tiempo en que tuve mucho dinero pues les vendí un cuadro a unos luxemburgueses en cuatrocientos dólares y cuando Kirenia llegaba ligábamos la marihuana con cerveza, luego yo quería metérsela pero no me dejaba ni chuparle una teta. Se sentaba desvaída y pesarosa como un tremendo bolerón y me decía que yo no tenía escrúpulos, que nunca había conocido a alguien tan bajo. Yo no se lo tomaba a mal.

Una tarde vino llorando. Harris había tenido el descaro de pedirle permiso para echarle un palo a una argentina. Eso es lo último que podía pasarme, dijo. *Relax, babe*, le contesté yo, malo hubiera sido que fuera cubana, pero con las extranjeras no se vale. Siguió llorando, a las claras se veía que había venido con ganas de llorar y yo debía entregar un óleo al otro día. Así que le puse un disco de Bill Holliday para ayudarla a acordarse de su jazzista y me puse a pintar. No tenía marihuana para brindarle, pero ella no me la pidió, al cabo volvió con lo mismo. Solo tengo 18 años, dijo. Luego dijo, mi madre tenía razón y luego: Ojalá se muriera. ¿Tu madre?, le pregunté, pero no cogió el chiste. Lo odio, dijo. ¿Y dónde está él?, inquirí, aunque ya lo sabía. En la casa singandose a la argentina, dijo ella. *Relax, babe, relax*, le dije yo. Vamos a singar para que te la descobres.

—No jodas –dijo ella.

Se sentó en el muro del malecón de frente al mar. Un hombre se le acercó y le dijo ¿señorita, puedo conversar con usted?

—No –respondió ella.

Cuando regresó ya la argentina se había ido y Harris estaba sentado ante la mesa jugando ajedrez. La puerta estaba abierta. ¿Eres tú?, preguntó sin mirarla. Ella haló una silla sin responder, se sentó en la mesa y miró a Harris. Este siguió concentrado en el juego.

—¿Templaba bien?

Él sonrió con suavidad extrema.

—No mejor que tú.

—Eres un mierda –dijo Kirenia.

—Por lo general me levanto siendo un mierda por la mañana, pero con el transcurso del día esa condición tiende a aumentar o a disminuir en dependencia del estado del tiempo, por ejemplo hoy no me siento especialmente mierda, me siento bigotudo. ¿Nunca te has sentido bigotuda, verdad?

—Podría matarte –dijo ella, podría hacerte tragar una a una las piececitas de tu estúpido ajedrez.

Él la miró apreciativamente, luego se rascó la cabeza, algo calva.

—No, no podrías –dijo– a lo sumo lograrías meterme un alfil en la boca antes de que yo te domine, pues soy mucho más fuerte y grande que tú, el viejo Harris es todo un gorila, no lo olvides… Me decepcionas, yo pensé que estabas más adelante y ahora descubro que eres una cubanita típica mucho culo y pocas ideas, ¿qué carajo tiene que ver que yo me haya templado a la argentina esa? Si alguna vez tú quieres templarte un argentino no tienes más que informármelo con dos días de antelación.

—El especialista en hablar basura –dijo primero ella y luego–: ojalá te mueras ojalatemuerasojalatemuerasojalatemuerasojalatemuerasojalatemueras –de un manotazo tumbó las piezas de ajedrez y siguió gritando: ojalatemuerasojalatemueras.

—Mierda –gritó Harris al fin– cállate ya, cojones –fue a la cocina y se sirvió un vaso mediado de ron.

Ojalatemuerasojalatemuerasojalatemueras, seguía gritando Kirenia, entonces tocaron a la puerta y ella siguió gritando, volvieron a tocar y ella siguió gritando. Volvieron a tocar y ella gritaba aún, pero Harris fue y sin abrir la puerta preguntó:

—¡¿Quién es?!

—Es el CDR –le respondieron– no pueden seguir haciendo tanta bulla.

—¿¡CDR, no? ¡CDR la mierda! –gritó Harris con todas las letras y no

abrió la puerta.

Fantasmas por todos lados, riéndose de uno con sus bocas lúbricas, sórdidas, fantasmas de la taza del baño, rechonchos y por supuesto malolientes, fantasmas vaporosos y azules que salen del espejo y lo miran a uno con sus caras sin ojos, fantasmas de gentes no muertas aún. Para poder vivir hay que fabricarse una vida donde no quepan los fantasmas. Darte un trago largo y tendido cuando aún tienes los sueños pegados a las orejas y después sacar el instrumento e ir para el balcón y empezar a tocar con el ron en la mano, luego gritar ¡Mierda! a los cuatro viento y creerte superman porque tocas el saxo y luego regresar a la cama, darte otro trago, besarle a tu mujer una de las nalgas, llamar a una puta por teléfono y decirle puta por puta es puta y volver a tocar el saxo para que los fantasmas te escuchen. Luego salir a la calle y decirle al primero que veas, los sueños son largos la vida es corta... Atreverte a andar a gatas por el mundo, atreverte a ser algo más que un bípedo infeliz, atreverte a sacarte la mierda donde todos te vean y decir a mí si hay que mamármela, en fin, a correr liberales del Perico.

—Vamos cálmate ya que no es para tanto –dijo el hombre y abrazó a la muchacha delgada.

Afuera empezó a caer uno de esos aguaceros terribles de agosto. Harris seguía abrazando a Kirenia y todo se llenó de ese peculiar olor sin olor de la lluvia.

(En ese entonces parecía que todo podía arreglarse con un abrazo, que bastaba darse un abrazo, un beso quizás para que todo estuviera bien. Éramos una pareja distinta y en eso residía nuestra principal fuerza, nadie, ni nosotros mismos teníamos derecho a juzgarnos, le pedí perdón a Harris por mi tontería y nos pusimos a templar en la sala. Templábamos sabiendo al presidente del CDR detrás de la puerta esperando por nosotros. Templábamos como pocas veces lo habíamos hecho antes, sin una palabra, sin un gesto de más, hundiéndonos en el abismo, arribando a un puerto seguro precisamente por lo inestable. Nos

estamos hundiendo en Dios, solía decir Harris en momentos así. Nada nos detenía, éramos una muy especial ametralladora después de templar. La historia de la ciudad de Cienfuegos tendría dos partes, antes y después de nosotros. Yo nací destinada a Harris, nací para que este hombre me matara, él no hizo más que cumplir con un destino prefijado desde siempre. Yo iba a ser su único fantasma, su Némesis. Acunarlo como un niño, decirle mi vida, no tienes corazón pero te perdono pues no es tu culpa, ni de tu madre, no es culpa de nadie. Es la calma, Harris, la terrible calma que no te deja vivir que convierte todo en música de rock. Estamos presos en esa calma, Harris, que intentas liberarte tocando el saxo, pero el saxo ya no suena Harris, los fantasmas siempre terminan ganando la partida. Estamos tan solos, Harris, seguimos estando solos, convertirme en fantasma me ha servido para entender que no entiendo nada.)

—Por ti haría cualquier cosa –dijo Harris esa tarde pues se sentía especialmente generoso y ya no se acordaba ni del nombre de la argentina.

—¿Cualquier cosa? –preguntó Kirenia.

—Cualquier cosa –dijo luego de darse un largo trago de ron– cualquier cosa que esté en estas negras manos te la mereces, perra.

Kirenia lo miro a los ojos.

—Lee esto –dijo extendiéndole un rectángulo de cartulina amarilla.

—¿Y este mojón qué es? –dijo Harris con una sonrisa, pero luego se puso serio.

—No, yo no tengo que asistir a ninguna terapia para alcohólicos.

—Dijiste cualquier cosa.

—Pero no eso.

—Eres un cobarde, dices que me quieres, pero no haces nada para demostrármelo.

Harris se rascó la cabeza y volvió a leer. Okey, okey iré, dijo.

—¿Y usted qué hace? –preguntó la psicóloga con una gran sonrisa.

—Yo toco el saxo.

—Qué bien –dijo la psicóloga–. Armando toca la guitarra y Cristina el piano, ya tenemos casi una orquesta.

—¿Pero uno viene aquí a tocar o a que se le quite la borrachera? –preguntó Harris.

La psicóloga lo miró con desaprobación.

—Qué maneras de hablar son esas, compañerito, ninguno de ustedes es un borracho, son compañeros con serios problemas con la asimilación del alcohol.

—Ah –dijo Harris– uno se entera de cada cosa.

Eran catorce pacientes. Sentados cada uno en una incómoda silla plástica formaban un círculo alrededor de un centro constituido por la psicóloga también sentada en una silla plástica. La psicóloga, una de esas rubias oxigenadas que tratan de esconder la natural gordura bajo montones de ropa, usaba espejuelos de miope y sonreía continuamente como si tuviera algo muy gracioso que contar. En cambio, los pacientes, incluyendo a Harris, no parecían muy felices excepto una gorda que a las claras se le notaba la tendencia al retraso mental.

—A ver ¿cómo pasaron la semana? –pregunta la psicóloga.

Un hombre bajito, de una camisa azul, levantó la mano.

—Yo me emborraché –dijo.

—¿Por qué, Jaime? –preguntó la psicóloga.

Porque mis hijos fueron a la reforma urbana para botarme de la casa y entonces discutí con ellos y le rompí la cabeza al más chiquito y me dio mucha lástima y vendí el radio y tuve que tomarme una botella de calambuco.

—Ay, Jaime –dijo la psicóloga– qué triste... pero no temas, nadie puede sacarte de tu casa así como así.

Los alcohólicos más cercanos a Jaime le dieron la mano en señal de solidaridad y él sonrió y luego rompió a llorar.

—Prometo no tomar más –dijo– aunque haya un terremoto no tomaré más.

—Eso está muy bien –dijo la psicóloga con su gran sonrisa–. A ver, ¿alguien más?, preguntó.

Mierda, pensó Harris, en qué lugar he caído.

Levantó la mano una mujer de piel muy oscura con un pañuelo en la cabeza.

—Yo llevo quince días sin tomar –soltó alegremente– y eso que mi marido y sus amigotes se han pasado todo este tiempo de farra en farra festejando el triunfo del equipo de Brasil en Corea.

—Felicidades –dijeron todos los alcohólicos y algunos se levantaron para darle un beso a la mujer.

Ahora viene la trova, pensó Harris mirando la cara de concentración de la psicóloga.

—La fuerza del ser humano no está en las veces que se cae sino en las que se levanta –dijo la psicóloga– y todos nosotros nos hemos caído muchas veces, pero hasta ahora hemos logrado levantarnos y eso es un gran mérito, debemos decirnos a partir de ahora, pero decirlo para siempre: No necesitamos el alcohol, es voluntad lo que hay que tener, recuerden, no hay pastillas que nos curen si no tenemos voluntad –luego insistió:

—¿Alguien más?

Todos, incluyendo a la psicóloga, miraron a Harris y él miró a otro lado.

La gorda sonriente del leve retraso mental empezó a aplaudir:

—¡El nuevo, el nuevo!

Sin lugar a dudas el nuevo era Harris.

—El viejo filosofo se cayó de bruces y le dijo a la tierra ¿para qué me llamas si ya voy? Y luego murió –comentó Harris.

—¿Y ese viejo era familia suya? –preguntó alguien– ¿era su padre?

—¡Ay, pobrecito! –dijo otro.

—¿Nada más? –preguntó la psicóloga.

—Sí –dijo Harris– estoy muy orgulloso de haberla conocido, desde ahora el primer trago se lo dedicaré a usted. Diré mirando el ron: este es

para la linda psicóloga que me convenció de que emborracharse vale la pena.

—¿Y eso a qué viene? –dijo la psicóloga asombrada.

—A que yo no soy un maldito compañerito con serios problemas con el alcohol, soy un borracho y todos los otros lo mismo.

La psicóloga estaba ahora muy seria.

—Usted no tiene derecho a exigir nada, ya me habían dicho que era en extremo conflictivo, así que le digo desde el principio, si quiere mantenerse asistiendo a esta consulta debe cumplir con lo establecido.

—Llevo siglos cumpliendo con lo establecido y hasta ahora no me ha reportado nada especialmente bueno –dijo Harris a gritos– usted y lo establecido son una broma de mal gusto, un pacto con los fantasmas, un perro sin cola.

—Salga de aquí –dijo la psicóloga.

—Vamos, no puede echarme –dijo Harris con una sonrisa– ¿o es qué ya no soy un compañerito con serios problemas con la asimilación del alcohol?

—Por favor, salga de aquí –repitió la psicóloga. Luego añadió, ¡Enfermeros!

Los enfermeros eran dos. Uno largo y flaco con una cara estúpida de galán de cine de Hollywood y otro más pequeño y más feo.

—¿Qué pasa? –preguntó el más alto.

La paciente del ligero retraso mental aplaudía entusiasmada y cantaba ¡el nuevo, el nuevo! El hombre de la camisa azul y otros dos miraban a Harris con desaprobación y la mujer del pañuelo en la cabeza le dijo a una mujer delgada, sentada a su lado: Tengo los nervios de punta.

—¿Va a salir por las buenas? –preguntó la psicóloga y abandonó la silla. Con la llegada de los enfermeros, su seguridad en sí misma había aumentado mucho.

Harris se cruzó de piernas y de brazos.

—Ah, mujer, que tú no quieras creer las preguntas de esta estrella

recién formada que va mojando sus alas en una estrella enemiga –declamó Harris.

Los enfermeros se le encimaron.

—Salga –dijo el pequeñajo.

El otro, más conciliador dijo:

—Por favor.

—*Ah, si a la hora del baño cuando en una misma agua discursiva se baña el inmóvil paisaje y los animales más finos, antílopes, serpientes de pasos breves, de pasos evaporados*, siguió Harris.

—Vamos –dijo uno de los enfermeros y trató de cogerlo por el brazo.

Harris se puso de pie, suspiró y golpeó al enfermero más alto en la mandíbula. El hombre cayó sin un grito. La psicóloga gritó histéricamente. La boba dejó de aplaudir y un mulato de mediana edad dijo: Dejen eso, caballeros. El otro enfermero sabía karate. Asumió una posición de combate y esperó que Harris lo atacara. Harris lo amagó con la derecha, el hombre le tiró una patada, Harris se esquivó y lo golpeó con la zurda en el centro del pecho.

—Maricón –dijo el hombre.

—Llamen a la policía –dijo la psicóloga.

Harris retrocedió de espaldas hasta la puerta, escoltado por el enfermero karateca. De vez en cuando Harris fingía un ataque y el otro retrocedía. ¡El nuevo, el nuevo! gritaba aun la retrasada mental y los otros pacientes rodeaban a la psicóloga como unos pollitos a la gallina.

—Estúpido –dijo una mujer delgada refiriéndose a Harris.

—Lo que hay es que meterlo preso, por eso los alcohólicos tenemos tan mala fama –dijo un hombre.

—Yo lo que estoy es más nerviosa... –dijo la mujer del pañuelo en la cabeza estrujándose las manos.

—Infelices –dijo Harris cuando ya estaba en la puerta de la sala de terapia del Policlínico 3.

—¡Esto no se va a quedar así! –le gritó la psicóloga y Harris se encogió de hombros.

¿Cómo te fue?, le preguntó Kirenia al verlo llegar campante y sonriente como si todo el mundo fuera primo suyo. De lo mejor, respondió Harris, al menos comprendí porque la gente se emborracha. ¿Y por qué es?, preguntó Kirenia. No quieras tú saberlo, muchachita, dijo Harris, la abrazó, la besó en la boca, buscó la botella de whisky y se dio un trago largo y luego se sentó en el piso de la sala y se puso a tocar el saxo olvidado de que el mundo es mundo, sintiendo que para que todo estuviera bien lo único que faltaba era más marihuana. Harris tocaba y tomaba directamente de la botella y Kirenia enfadada al principio, se acostó luego junto a él, miró al techo y bebió también del whisky y Harris para contentarla le dijo: *Kirenia, dime un poema*, y ella puso carita de situación y recitó uno de sus analíticos, filosóficos, inspirados y locos poemas y Harris dijo que estaba muy bien y que se merecía un toque especial y empezó a interpretar un blues de los viejos tiempos y los vecinos cerraron puertas y ventanas para escapar a la música subversiva que no los dejaba concentrarse en la novela brasileña y Kirenia preguntó: ¿Siempre seremos así tan felices?, y Harris dijo que por su parte estaba dispuesto a ser feliz hasta el final siempre que el precio del ron no aumentara.

—Voy a buscar trabajo –me dijo Kirenia al día siguiente cuando de casualidad la vi pasar por el Bulevar vestida con una de esas ropas caras que pertenecieron a la última exmujer de Harris. Le sentaba muy bien, pero a la vez parecía disfrazada. Causaba un efecto raro ver a Kirenia tan bien vestida. Yo estaba un poco acelerado, así que estuve a punto de levantarle el ligero vestido de seda para ver el color de sus blumeres, pero no lo hice.

—¿Y dónde vas a buscar trabajo y para qué? –pregunté.

—Donde sea –dijo ella y sin responder a la otra pregunta me dio un beso en la mejilla y me dijo: *Chao*.

Tenía cara de mujer satisfecha en la cama, parecía que Harris estaba dándole en el lugar adecuado. Su ligera espalda era ahora una espalda feliz. Me gustó verla así. Cuando ya iba a doblar Bulevar abajo, le grité

¡Kirenia, I love you! Y ella me sonrió.

—Voy a empezar a trabajar, mamá –dijo Kirenia.

—Ah sí –dijo la madre– tú lo que tienes es que dejar al negro viejo ese y volver a la escuela.

—Ay, mamá –dijo Kirenia.

—Y no es porque sea negro, pero ese hombre es un ácido hija mía, le cae pesao a todo el mundo, qué autosuficiente es, se cree porque toca la cosa esa que es el mejor y un muerto de hambre es lo que es, si no, no estuviera en Cienfuegos pasando más trabajo que un forro de catre.

—Ay, mamá, no hables de lo que tú no sabes.

—Y tú te las sabes todas, tremenda comemierda es lo que eres, ¿sabes cuantas mujeres ha tenido el negro ese?

—Cuatro.

¿Y te parecen pocas? Ahorita te embaraza y a cargar tú con un negrito y él a buscarse otra jovencita sin responsabilidades, porque eso es lo que buscan los tipos como él.

—Él me quiere, mamá.

—Que comemierda eres Kirenia, vivir para ver.

—¿Podrías, por favor, dejarme vivir a mi manera? –dijo Kirenia– Tú hiciste tu vida como te dio la reverenda gana, déjame a mi hacer de la mía un barco y tirarla al mar que quiero.

—Haz con tu vida lo que te dé la gana, que yo no me meto, en definitiva, tremenda mierda que resultaste como hija y como todo. Yo solo te advierto para que después no me vengas llorando.

—¿Tú eres mi madre o el maldito Adolfo Hitler? –preguntó Kirenia.

—Déjate de faltas de respeto –dijo la madre–, que al menos en mi casa no te las voy permitir. En casa del negro mono ese puedes hacer lo que quieras pero aquí tienes que comportarte.

—Esta también es mi casa –afirmó Kirenia.

—Siempre que vengas sola y no con el zoológico.

—Olvídate que existo –dijo Kirenia poniéndose de pie.

La madre la miró asombrada y no dijo nada, pero cuando Kirenia

salía, la llamó y se abrazó a ella con fuerza.

—Discúlpame, hija mía –susurró.

Consiguió trabajo de maestra en una escuela secundaria y todas las mañanas, cuando todavía Harris soñaba con los malditos fantasmas, ella cogía la bicicleta, regalo de un turista alemán a Harris y se iba para el trabajo. Entraba al aula y leía la lista. El uno, decía Kirenia con voz suave y pasaba los ojos por el aula para familiarizarse con los alumnos. Aquí, respondía un muchacho pelirrojo. El dos, seguía Kirenia y mi hermana Laura levantaba la mano. Aquí, decía Laura y Kirenia sonreía sabiéndola parte de mi familia.

—El tres.

—Aquí.

—El cuatro.

—Aquí.

—El cinco.

—Aquí.

—El seis.

—No vino hoy.

—¡Que gracioso! Profesora, yo si estoy aquí.

—Por favor –decía Kirenia para llamar al orden a sus alumnos y luego seguía:

—El siete.

—Está enfermo, tiene asma.

El ocho, el nueve, el diez, el once, el doce, el trece, el catorce, el quince, el dieciséis, el diecisiete, el dieciocho, el diecinueve, el veinte, el veintiuno, el veintitrés, el veinticuatro y el veinticinco. Aquí. Aquí. Aquí. Está enfermo. No vino hoy. Aquí. Aquí. Aquí. No vino hoy. Aquí. Aquí...

Luego venía la introducción:

—Buenos días, alumnos, yo me llamo Kirenia Gonzalo y soy la nueva

profesora de matemática. Quisiera que todos nos lleváramos bien y sobre todo que entre nosotros no hubiera hipocresía, si les cae mal cualquier cosa que digo, ustedes me lo dicen, a mí por ejemplo nunca me gustaron las matemáticas pero ahora…

—Profe ¿qué edad usted tiene? –preguntó un alumno bastante alto para su edad, sobre todo en comparación con los otros esmirriados varones del período especial.

—Diecinueve, ¿por qué? –preguntó Kirenia.

—Por nada –dijo el alumno.

—Porque usted le gusta, profe –dijo el gracioso.

—Yo soy casada –dijo Kirenia con una sonrisa.

—Qué lástima –dijo el alumno.

—A ella le gustan los negros –susurró otro.

Kirenia siguió:

—Les decía que nunca me gustaron las matemáticas, pero de pronto descubrí la importancia que tienen estas para la vida, la matemática es…

La matemática al parecer tenía un alto efecto somnífero pues los alumnos parecían a punto de dormirse y Kirenia abrevió la introducción.

—Bueno, sin más preámbulos, empecemos –dijo y borró la pizarra, llena de formulas dejadas como regalo por el profesor de química.

—Profe, no dé clases –dijo mi hermana.

Pero Kirenia sí impartió la clase. Lo hizo bastante mal, la verdad. Con Kirenia los condiscípulos de mi hermana y ella no aprendieron mucho, pero se divirtieron de lo lindo, pues Kirenia les impuso una democracia que les permitía hacer lo que desearan, siempre que lo hicieran en voz baja, para así ella poder dedicarse a la poesía. Se concentraba en sus poemas, mientras los alumnos se enamoraban, dormían, jugaban a la pelota y los menos estudiaban matemáticas por su cuenta.

Ese primer día cuando regresó, Harris y yo habíamos estado sentados en el piso fumando marihuana y leyendo una carta de John Lennon. Harris insistía en que Lennon estaba vivo, escondido en alguna isla del Caribe, llevaba una vida solitaria para que los espectros no pudieran

detectarlo. Yo le decía a Harris que no, que estaba muerto y Harris se cagaba en mi madre como mejor, tremendo y único argumento que demostraba a las claras que Lennon estaba vivo. Entonces yo fui a la cocina y cogí un cuchillo.

—¡La tuya negro de mierda! –le grité a Harris– ¡John Lennon está muerto por mis cojones!

Harris me abrazó con sus brazos de oso y me quitó el cuchillo con facilidad.

—No comas mierda –me dijo– John está vivo.

Cuando Kirenia llegó, aun me tenía abrazado así que ella pudo pensar que practicábamos la sodomía, pero no dijo nada al respecto, sonrió, *Buenas*, me dio un cariñoso manotazo y besó a Harris en los labios.

—¿Quiere marihuana la profesora? –preguntó Harris.

—Sí –dijo ella por lo que preparamos otro pito y nos lo fumamos democráticamente entre los tres.

Eran días felices para Kirenia, todavía la policía no había ido a buscar a Harris por el escándalo causado en la sala de desintoxicación alcohólica del Policlínico 3 y ella pensaba que su jazzista estaba en vías de escapar del alcohol, supongo que para dedicarse de lleno a la marihuana que es más sana y más honrada. Yo había vendido otro cuadro, Harris tenía un discípulo danés, un chico alto y desgarbado con cara de empleado de correos y Kirenia era profesora de una escuela, así que fumábamos tanto que el humo nos salía por las orejas. A veces se nos sumaba Liset la hija de Harris y a veces yo lograba llevarla a la cama, cosa difícil pues la muchacha era sumamente celosa con sus encantos y por lo general pretendía cobrarme como si yo fuera un yuma. A veces se miraban Kirenia y ella con ganas de irse arriba y entonces Harris y yo las dejábamos solas. Harris no era para nada celoso, es más, creo que alentaba los encuentros sexuales entre la hija y la amante.

Por esos días un ciclón azotó la ciudad. Mi casa era de madera, así que Harris me aceptó como huésped hasta que pasara el meteoro. Recuerdo que el ciclón arrancó árboles de raíces, viró autos y provocó un

prolongado corte en el suministro eléctrico pero a mi casa no le pasó nada, cuando fui a verla estaba enterita y bailando La Bayamesa, esperando por el próximo huracán. Yo me cagué en la madre de mi casa y retorné a casa de Harris a buscar mis cosas. Harris, Kirenia y yo pasamos esos días de ciclón agotando las reservas de marihuana de nuestro suministrador, jugando ajedrez y oyendo discos viejos. Aprovechando el huracán, alguien me había robado los dos únicos cuadros que aun no había vendido, de manera que me rasqué la cabeza y vendí un par de zapatillas para seguir tirando mientras pintaba otros óleos. Me sentía un poco deprimido de manera que me perdí un tiempo de casa de Harris.

El huracán debía estar llegando ya a China y seguía lloviendo todos los días. De veras que era una falta de respeto extrema de parte de la naturaleza. Tanta lluvia era algo extenuante. Para paliar la humedad, Kirenia y yo nos dedicábamos a templar como unos irresponsables, andábamos desnudos para no tener que quitarnos las ropas. Yo trataba de tocar el saxo de vez en cuando, pero estaba tan cansado que no podía. Las mujeres son como los fantasmas, un asunto puro misterio. A veces cuando llueve extraño a Kirenia, entonces voy y me tomo una botella de ron y me digo: Harris tú estás muy viejo para extrañar a nadie. Es fácil hacerse el loco, lo difícil es hacerse el cuerdo leí hace tiempo en una revista. Pero ahora que me lo preguntas, lo más extravagante del mundo es que tú me estés preguntando sobre ella. A veces me voy hasta el malecón y me pongo a mirar el mar, aunque sin Kirenia ya no es lo mismo, lo reconozco. Quizá sea que uno tiene que matarse para que se acuerden de uno. Cumplí ya 57 años de edad, cojones, no me puedo poner a esperar mucho, tengo que seguir tocando el instrumento mientras pueda.

Estaba jugando ajedrez, las piezas de marfil parecían pequeños fantasmas blancos y negros, por lo que Harris las tocaba con cuidado, no fuera a despertarse esa naturaleza espectral. Afuera llovía suave como con desgana y por el abierto balcón penetraba una luz otoñal. Por supuesto, eran las seis de la tarde, que Harris ya estaba borracho. La bebida no le había sentado bien, así que miraba el ajedrez con cierto

odio, con ganas de coger y tirarle el tablero y las piezas por la cabeza al primero que pasara por las calles. Harris jugaba una vieja variante de la Siciliana y estaba harto. Kirenia estaba trabajando y a él empezaba a aburrirlo una mujer tan cumplidora del deber. Se sentía un poco *déjà vu*. Eructó mirando el ajedrez y luego puso música. *Quinta sinfonía*. Al rato tocaron a la puerta.

—Va –dijo Harris, pero siguió jugando al ajedrez como si tal cosa.

Volvieron a tocar y Harris se dio un trago y puso el alfil blanco frente a la dama negra.

Tocaron esta vez con insistencia perentoria y Harris se levantó, gritó Va y fue a abrir. Afuera llovía suave como con desgana y el ciclón había dejado a los árboles pelados de hojas y a los hombres rapados de ideas. Harris jugaba al ajedrez con furia contenida pensando entre otras cosas en los retorcidos fantasmas de este mundo, jugaba con ganas de derramar las piezas sobre algún transeúnte, cuando de pronto tocaron a la puerta. Un toque seco, firme, de hombre importante. Va, dijo Harris pero después no se tomó el trabajo de abrir.

Harris jugaba el ajedrez para paliar las ganas de ir hasta un bar y empezar a romper cristales cuando tocaron a la puerta. ¿Jugaba ajedrez porque estaba borracho o estaba borracho porque jugaba ajedrez? Pregunta difícil de responder. Al fin abrió la puerta.

Un policía de mediana estatura y aspecto desaliñado, dijo *Buenas tardes* y cuando Harris lo dejó entrar se sentó en una de las pocas sillas y se presentó como el sargento Morales.

—¿Y? –preguntó Harris.

—Yo vengo del Policlínico 3 –dijo el policía– hay una denuncia contra usted por escándalo público y maltrato a la propiedad estatal.

—¿De veras? –preguntó Harris, pues apenas se acordaba del incidente con la psicóloga.

El policía le extendió un papel que lo instaba a presentarse en el tribunal dentro de una semana o sería llevado por las fuerzas.

—Fírmelo.

—No tengo bolígrafo –dijo Harris.

—Coja –dijo el policía y sacó una pluma de fuente de uno de los bolsillos de la guerrera. Harris estuvo a punto de firmar el documento, pero luego se lo devolvió al policía.

—No tengo tiempo para esto, yo soy un hombre muy ocupado –dijo– como usted puede ver me dedico a cazar fantasmas y esa es una ocupación que requiere un uso exagerado del tiempo, apenas me alcanza para bañarme, en este momento que he hablado con usted, sabrá el diablo cuantos fantasmas habrán penetrado en esta casa.

—¿Usted me está tomando el pelo? –dijo el policía.

—No –afirmó Harris.

—Oiga, señor, yo respeto para que me respeten –dijo el policía– ¿quiere ver cómo me lo llevo preso?

Harris suspiró y se cruzó de piernas.

—No sabía que los caza fantasmas estábamos proscritos –dijo extendiéndole la pluma y la citación al policía.

El uniformado guardó esas cosas dentro del mismo bolsillo.

—Vamos –dijo poniéndose de pie.

—Si no se marcha ahora mismo, lo voy a golpear tan fuerte que habrá que ponerle hielo en las patas para que camine –dijo Harris con algo parecido a una sonrisa.

—Usted lo que es un fresco –dijo el policía.

—Volveré, dijo MacArthur en Corea y más nunca le vieron el pelo –se burló Harris parándose a su vez.

En ese momento Kirenia abrió la puerta.

—No es nuestra –dijo pensando que el policía había encontrado la reserva de marihuana.

—Cállate –dijo Harris– el compañero vino a llevarme preso por uso indebido de los fantasmas y otras propiedades estatales, ¿comprendes? Me acusan de invocar el fantasma del rey Francisco I de Francia para enseñarle a bailar la rumba.

—No le haga caso compañero, está borracho –explicó Kirenia con una

sonrisa.

—No estoy borracho –repuso Harris malhumorado.

—¿Cómo que no le haga caso? –dijo el policía– este hombre me ha faltado el respeto.

—No he sido yo –dijo Harris– fueron los fantasmas que disfrazados de mí se colaron en su casa y le hicieron el amor a su mujer, de manera que si ella lo mandó a esta casa, dígale que yo no voy pues no he sido yo, de veras, apenas si me acosté una vez con ella, estando tan borracho que de mi ombligo brotaba ron, dígale que ahora no puedo.

El policía golpeó a Harris en la boca.

—Esto es para que aprenda a respetar a los hombres –dijo.

Kirenia lanzó un grito.

Harris se limpió la sangre con el dorso de la mano, se paró en puntillas de pie e intentó unos pasos de ballet.

—La primera bailarina absoluta de Cuba –dijo.

—Payaso –dijo el policía con extremo desprecio y caminó dos pasos. De pronto, Harris lo golpeó tan fuerte en la mandíbula que el policía cayó sin sentido.

—¿Ves lo que traen tus borracheras? –dijo Kirenia agachándose junto al tendido policía y mirando a Harris que también se agachó.

—De veras que no quise tumbarlo así –dijo él.

—Ahora si estamos en verdaderos problemas –dijo Kirenia.

—¿Tengo la boca hinchada? –preguntó Harris.

—No crees en nada, no te detienes ante nada, no tienes límites, das lastima, eres un maldito, un jodido loco, eso es lo que eres tú –dijo Kirenia aún agachada al lado del policía.

—Ah, ¿el loco soy yo? Interrumpen mi vida, me atacan, me acosan, me tratan peor que a un esclavo y el loco soy yo. Quieren crucificarme y el loco soy yo, pues bendito el loco que soy, Kirenia, y ojalá que siga siendo un loco así para toda mi vida.

—Siempre tienes argumentos para todo –dijo Kirenia– busca agua anda, tenemos que despertarlo.

Esa misma tarde, se llevaron a Harris para la estación de policía. Allí lo dejaron incomunicado. Kirenia fue a mi casa llorando. Cálmate, le dije yo, no tengo marihuana, pero tengo té Lipton. ¿Quieres? Me dijo que sí y en lo que yo preparaba el té me contó lo que había pasado. ¿Y ahora? Preguntó finalmente. Le dije que no lo sabía. Ella estaba inconsolable.

—Él es un artista, no lo pueden meter preso, en Europa todo el mundo lo conoce –dijo.

Se veía muy sexy con esos ojos aguados y ese swing de desesperada, así que le dije en broma: *Pues búscate otro artista, a Harris no lo vas a ver en mucho tiempo*. Me miró tan triste que tuve que beber del té para no empezar a llorar con ella. Luego le dije, *relax babe, relax, conozco a Harris, debe estar extrañando a su saxo más que a ti*. Se puso de pie.

—Gracias por el té –dijo, yo pensaba que tú eras amigo mío, pero veo que me confundí.

—Siéntate Kirenia –le dije– vamos a ver lo que podemos hacer.

—Tiene que ser rápido –dijo Kirenia– acuérdate que si él no toma se pone mal y es capaz de cualquier cosa.

—Lo primero es ir a la policía y explicar que él es un alcohólico y un artista y necesita la comprensión de todos.

—Vamos –dijo ella y se dirigió a la puerta.

—Deja al menos que me ponga la camisa.

Se negaron a soltarlo, es más casi nos dijeron que si no nos íbamos podíamos caer presos por ser amigos de un delincuente tan peligroso. Luego nos enteramos que Harris se había fajado con cinco policías a la vez y uno de esos agentes estaba hospitalizado. El capitán que nos atendió, un hombre muy educado, apenas lograba ocultar la cólera. Ese hombre estuvo insultándonos desde que entró aquí, nos llamó racistas y de cuanto hay… y se le insubordinó a los agentes, yo comprendo que sea un artista, pero ni Rosita Fornés tiene derecho a tratar con tanto desprecio a las personas, para él los policías somos menos que perros… él merece una lección realmente y no me repitan que estaba borracho, pues

eso más bien es un argumento en su contra, yo no soporto a los borrachos… y usted señorita, yo no quisiera meterme en su vida, pero yo no sé que una mujer puede encontrarle a un hombre así.

—Si no le es molestia, quisiera poder ver a Harris.

—No, no puede ser, está incomunicado –dijo el capitán.

—Por favor –suplicó Kirenia.

—Ya le dije que no… Además, usted puede ser mi hija y le digo que ese hombre…

—Eso es asunto mío –contestó Kirenia y se puso de pie.

Ratas, ratas en las paredes como en el cuento de Lovecraft. Me quieren matar, entonces dirán se murió el negro mono y dirán, al fin reventó y vendrán a barrerme contentos y felices que no es lo mismo pero es igual. De nada valdrá entonces las veces que me he cagado en la madre de los que toman sopas. Seré un muerto infeliz, me pondré rosado cuando me muera para que ni mi madre me conozca. Ahora me tienen justo donde deseaban tenerme, sin saxo y sin whisky o sea tan comemierda como ellos mismos.

Kirenia y yo redactamos una carta pidiendo la liberación de Harris, un artista renombrado que había tocado con tan grandes músicos como John Lennon, Dizzi Guillespie, Aretha Franklin, entre otros. Redactar la carta fue bastante fácil, lo difícil fue recopilar firmas de artistas pues Harris solía ser tan insoportable que nadie parecía dispuesto a contribuir a librarlo de la cárcel. Fue una labor titánica como dicen nuestros malos periodistas, casi perdemos las nalgas sentados en las salas de casas en distinto estado de conservación para ver a sus dueños y recordarles lo gran artista que es Harris y decirle que además si lo dejábamos preso eso iba a sentar un malísimo precedente que en cualquier momento podía perjudicar a cualquiera de nosotros.

Pero compadre y discúlpame Kirenia, es que Harris es un saco de mandarrias mediado de alacranes, me dijo cierto conocido músico, una vez tocamos juntos, se sacó el tolete y orinó en el teatro Terri delante del

público, ya esa vez era para que lo metieran preso. Yo voy a firmar… en definitiva es un músico igual que yo, pero Harris no es fácil.

Al final, logramos más de cincuenta firmas. Entonces fuimos a ver al presidente de la UNEAC en Cienfuegos, el cual también firmó la petición. Al otro día Liset, Kirenia y yo nos trasladamos para La Habana a entrevistarnos con el ministro de cultura.

Al llegar, la secretaria del ministro nos informó que él nos atendería la tarde del jueves. Era lunes y Kirenia, Liset y yo nos dedicamos a pasear por la Habana y a visitar el recién restaurado museo de bellas artes. También fuimos al malecón y allí nos sentamos frente al mar y cantamos canciones y bebimos ron paticruzado y un muchacho muy joven nos vendió una marihuana colombiana que es la mejor que he fumado hasta ahora. A la tercera cachada sentí un calambre rico en las piernas, miré a Kirenia y a Liset y ellas también estaban en el aire gozando de lo lindo. Yo era el jefe de ellas, besense les dije y se abrazaron y se besaron en la boca con lengua y todo, luego pasó un hombre muy extraño, con zarcillos y aretes, en cada hueco de la nariz, en las cejas, en los parpados, en los labios, en ambas tetillas, en el pecho, en la piel de manos y brazos, en el cuello, en fin uno lo veía venir y pensaba que era una pesadilla. Nos dijo sin que se lo preguntáramos que intentaba salir en el libro de récord Guiness.

—Usted lo que está es loco –le dijo Liset a carcajadas.

El hombre no pareció molestarse y siguió hablando, nos dijo que era de Manzanillo y llevaba más de cinco años viviendo en La Habana y que estaba casado por el Cotorro. Yo le pregunté que si para templar no le molestaban los zarcillos y los aretes y mirando a Liset dijo poniendo una voz que deseaba ser seductora que al contrario muchas damas gozaban con los aretes de la lengua y sobre todo con el que tenía en la punta de la mierda.

—Déjame verlo –le dijo Liset.

—Yo también quiero verlo –dijo Kirenia.

El de los aretes miró a todas partes.

—Pero es que aquí hay muchas gentes, mejor nos vamos a un lugar más reservado y yo les enseño las otras partes de mi cuerpo y hasta dejo que me las toquen.

—¿De verdad? –pregunté yo con mi voz más afeminada.

—Me refiero a las damas –dijo el aretudo.

—Nadie quiere tocarte nada –dijo Liset.

—Adiós –dijo Kirenia pues varias personas rodeaban ahora al hombre de los aretes y lo miraban como si no fuera de este mundo. Qué asco, dijo una mujer joven y linda. Mientras un niño de cómo diez años tocó el zarcillo del dedo índice izquierdo del hombre.

—¿Y bien, nos vamos a un lugar más reservado? –dijo el hombre sin hacer caso de su público.

—Váyase usted –dijo Kirenia.

—Mierda –dijo el hombre pero se fue malecón abajo.

Los cuatro o cinco curiosos se fueron con él, nosotros nos reímos un poco. Sacamos la marihuana de la mochila donde la habíamos escondido. Fumamos, bebimos paticruzado y entonces minutos antes de que llegara el policía oímos a Kirenia mencionar por primera vez el tema de la muerte. La recuerdo sentada en el muro del malecón mientras Liset apoyaba la cabeza en sus muslos y ella le acariciaba el pelo cantando bajito una canción de Fito Páez que hablaba de cierta mariposa. La recuerdo así, con su cabello demasiado largo al viento inclinarse de pronto y decir: A veces quisiera morirme. Y decir: *A veces me pregunto para qué tanta lucha*. Y decir: *A veces me siento tan vieja. Y decir: Si uno pudiera saber lo que hay al otro lado*.

—¿Te cayó mal la marihuana? –preguntó Liset.

—Mierda, Kirenia déjate de pensamientos fúnebres, tú verás que Harris no va a tener problemas para salir –dije yo.

—No es eso –dijo Kirenia.

—¡Un policía! –dijo Liset, levantando la cabeza de los muslos de Kirenia.

—La marihuana, rápido –dije yo, miré a qué distancia estaba el

uniformado y como no nos daba tiempo para otra cosa, con el dolor de mi alma tiré la marihuana al mar.

—Pongan caras de buenas gentes –dijo Kirenia y los tres adoptamos una expresión que era un poema, parecíamos tres ángeles acabados de caer del cielo. El policía, un hombre bastante joven, cruzó la calle, llegó junto a nosotros y dijo buenas noches. Buenas, le respondimos los tres. Carnet de identidad, dijo después extendiendo la mano.

—De milagro no nos vio botar la marihuana –dijo Kirenia cuando el hombre siguió su camino. Esa noche y las otras que precedieron al jueves, a pesar de que los tres teníamos familias y amigos en La Habana y Liset además tenía dólares preferimos dormir en el parquecito que queda frente al palacio de la revolución. La mañana de ese día vimos al ministro de cultura.

Anoche volví a soñar con mi padre, acababa de llegar del trabajo y yo era lo suficientemente grande para entender que él estaba muy triste. Estaba lloviendo, carajo, siempre que sueño con él está lloviendo. Venía borracho y me dijo: Harris guárdate de las arañas. Yo le dije, Pa, no hay ninguna araña, no estamos en Nueva York, aquí no hay arañas y si hubieran no serían peligrosas. Él, mi padre, empezó a llorar y era tan triste, cojones, y lo peor es que no tenía el saxo para consolarlo. ¿Tú no ves las arañas, hijo mío? me preguntó y yo no veía nada.

—No veía nada.

—Cojones, Harris, uno viene a liberarte y tú empiezas a hablar de unas arañas que no le interesan a nadie…sonríe hombre que ya puedes seguir resingando por ahí –dije.

—Déjalo que hable de lo que quiera –dijo Kirenia.

—No cojas lucha con papá –dijo Liset– él es así.

Acabábamos de salir de la Delegación Provincial de Policía. Harris había estado dos meses detenido pero gracias a la intervención del ministro de cultura había sido liberado. Caminábamos en dirección al

automóvil rentado por uno de los novios extranjeros de Liset. Harris iba enlazando a Kirenia y a Liset por las cinturas y yo iba al lado de ellos, un poco repugnado de tanto amor familiar, la verdad. Harris estaba más flaco y algo desaliñado, pero por lo demás se le veía bien.

—¿Y el saxo? –preguntó.

—En la casa –dijo Kirenia.

Montamos en el auto, el extranjero le sonrió a Harris. Él le respondió con una mueca y murmuró algo sobre esos gringos hijos de putas que venían a singarle las hijas a los cubanos.

—Harris, por favor –dijo Kirenia.

—El Pepe no entiende el español así que no te preocupes –dijo Liset.

—Qué calor –dije yo.

—Necesito beber –dijo Harris.

Fuimos hasta el Palatino y todos los camareros al vernos se acercaron a saludar a Harris y él les preguntó si con su ausencia se les había afectado la maquinilla de hacer dinero y ellos rompieron a reír y uno dijo tú sabes cómo es esto Harris, la gente viene a oírte tocar a ti, y él los mando para la mierda en broma y el administrador dijo que la primera botella iba por ellos y Harris se la agradeció y nos sentamos en una de las mesas y Harris empezó a darse unos tragos largos y a ver la vida de un color diferente y Kirenia estaba muy contenta por él y le acariciaba la mano derecha como si temiera que algún ave de rapiña se lo fuera a llevar volando y hasta Liset estaba cariñosa con su papá y el yuma y yo sonreíamos como unos tontos y cuando se acabó la botella, el yuma fue a buscar otra y Harris dijo que era un buen muchacho, que casi parecía cubano y se cagó en la madre de esos yumas que son hijos de putas y piensan que el mundo es de ellos sin darse cuenta que el mundo es de los timbalúes como él, Harris Sanzo, eso lo dijo para ser oído por un ruidoso grupo de españoles que entonces se quedaron mirándonos muy serios y luego Harris dijo que él era un etarra convencido y que el rey era un grandísimo farsante y uno de los españoles, un hombre casi tan alto como Harris pero más vigoroso, se acercó a nuestra mesa y mirando a

Harris preguntó.

—¿Qué le pasa a usted, señor?

—Sangre por las venas y comida por la boca –respondió Harris– pero si quiere resolver algún problema a las trompadas, no tiene más que decirlo pues siempre estoy dispuesto porque los españoles nos deben a los negros siglos y siglos de esclavitud… Por otro lado este es mi país y yo hablo lo que me dé la gana.

Se veía a las claras que el español deseaba atizarle un buen piñazo a Harris, de modo que me paré y tranquilicé al hombre y le pregunté de dónde era y resultó ser de Cataluña igual que mi primera esposa y fui hasta su mesa y me senté con él y con los demás españoles, buenos muchachos, progresistas y todo eso y luego cuando regresé, Harris seguía con un humor de lo más juguetón, me dijo traidor y eurocéntrico y Kirenia dijo: *Por favor Harris, vámonos*, pero él no tenía ningún deseo de irse, empezó a cantar, molestando a los demás comensales y entonces vino uno de los camareros, muchacho alto y bien parecido y le dijo que por favor cantara bajito y Harris lo mandó para la mierda y le dijo que ese antro de perdición, el Palatino, algún día iba a ser de él y entonces dejaría desempleados a todos los malditos camareros babosos de los extranjeros y el camarero movió la cabeza con desaprobación y dijo: *Cojones*, *Harris* y entonces cuando el camarero dio la vuelta para irse dejándonos una tristísima espalda, llegó un grupo de turistas canadienses que habían estado antes en Cuba y uno de ellos conocía a Harris y nada más verlo se acercó a nuestra mesa: ¡Oh, el jazzista!, dijo y extendió una de esas guías turísticas para que Harris se la firmara. Aquí por favor, dijo el extranjero en un español bastante bueno y Harris le dijo: *Buenas* y con mucho gusto, apartó el mantel, escupió sobre la mesa de madera y empleando esa saliva a manera de tinta, dibujó una cruz en la primera hoja del libro que le extendía el canadiense. El hombre se nos quedó mirando atónito y luego fue a reunirse con los otros canadienses. Liset, el novio y yo rompimos a reír y Kirenia dijo: Eres el tipo más hijo de puta que he conocido.

—Cállate –dijo Harris.

—No me callo nada –dijo Kirenia– eres un maldito frustrado que para sentirse un poquito bien tiene que ir haciéndole mierdas a las gentes.

—Perra, la palabra mierda es un poco fuerte –dijo Harris y rompió a reír y luego se dio un trago y Kirenia se levantó y se fue, caminaba con paso inseguro y Harris me dijo: por favor loco, sigue a esta boba para que no le pase nada. Yo caminé un rato detrás de ella y luego le dije, Kirenia, y ella me esperó y caminamos juntos sin una palabra y nos fuimos hasta el muelle y allí nos sentamos de frente al mar abrazados y ella me dijo: Ese loco me va a matar con sus cosas y rompió a llorar sin un sollozo. Yo veía las lágrimas en sus mejillas y le dije: Cálmate, Kirenia y ella me respondió: No, Harris, por favor, no estoy borracha y yo le dije que yo era Ricardo y ella me rogó que la dejara sola y yo le dije que era muy tarde y la policía podía confundirla con una jinetera o la podían violar.

—Déjame sola, Ricardo, por favor –dijo ella.

Y yo la besé en la cara y volví al Palatino.

—¿Y la perra? –preguntó Harris.

—Está en el muelle llorando, deberías ir a verla.

—Nada de eso, ese cuero me llamó mierda, a mí, a Harris Sanzo.

—¡Ay Pa! –dijo primero Liset y luego dijo– si tú no vas voy a ir yo y le haré saber lo hijo de puta que eres y que se busque un hombre de su edad, ya está bueno de viejos hijos de putas, tú no sabes todo el trabajo que ha pasado esa mujer sacándote de la cárcel para que ahora la trates como a una perra, yo que ella no te miraba más la cara.

—¡¿Eh, pero qué le pasa hoy a las vaginas, están envenenadas!? –dijo Harris y luego mirando al extranjero de Liset que ya no sonreía, le soltó:

— ¡Eh musulmán, controla a tu harén!

—¡Qué hijo de puta eres, Harris! –repitió Liset.

—Harris el gran hijo de puta –dijo Harris con voz solemne.

Liset se levantó y se fue. El extranjero la siguió y Harris y yo durante un rato bebimos sin una palabra, luego llegaron las alemanas, dos walkirias desgarbadas y mustias con sendas mochilas a las espaldas y con

tal peste a sudor que al parecer habían venido a pie desde Berlín. Nada más verlas Harris me preguntó:

—¿Cuánto dinero tienes?

—Quince dólares.

—Suficiente –dijo él y luego se levantó y se acercó a la mesa de las extranjeras, lo vi sentarse y dialogar en inglés. Luego las tipas se echaron a reír, se levantaron y siguieron a Harris hasta nuestra mesa. Gertrudis, me dijo la más alta extendiendo la mano derecha. La otra se llamaba Hela. De cerca eran más raras todavía, pero como bien dicen los rusos: no hay mujeres feas sino poco vodka y habíamos tomado lo suficiente, las encontramos muy apetecibles, llamamos al camarero y pedimos otra botella de ron, bebimos y Harris estuvo encantador, les habló de la Nueva York de su infancia cuando la urbe era más tranquila y uno podía sentarse en el Central Park a ver los patos. Los patos de Holden, dije yo. En todo caso de Salinger, dijo Harris teniendo en cuenta que Holden es un personaje de ficción. Las alemanas eran de Francfort. ¿Allí no se ha descubierto todavía el desodorante?, preguntó Harris muy serio y la más joven nos contó que era enfermera y su compañera era empleada de una fábrica de fosforeras y les había gustado mucho Cuba. Ya serían casi las doce de la noche, así que Harris las invitó a ir a un sitio más reservado, es decir su casa. Ellas aceptaron y cuando nos íbamos, yo le susurré a Harris:

—¿Y Kirenia?

—No me hables de la loca esa –dijo él y apretando contra su pecho la botella de ron, les dijo a las germanas que les enseñaría a bailar cancán para que cuando llegaran a Alemania, patria unida, nadie les hiciera un cuento.

—La mía es la más gordita –le dije a Harris.

—Está bien, man –convino él y nos fuimos.

Por el camino, se puso meditabundo y le dio por mascullar por lo bajo, casi me dejó las dos germanas a mí solo, de vez en cuando tomaba directamente de la botella. Estoy cansado, dijo de pronto, cuando ya

íbamos por el Prado y se sentó en uno de los bancos. Las alemanas y yo nos sentamos también y luego Harris, dijo: *Esta es mi casa* y les explicó a las alemanas que él era un vagabundo y tenía por albergue ese banco del Prado de Cienfuegos donde había pasado noches inolvidables en compañía de las más disímiles actrices del cine mundial. Las muchachas rompieron a reír, pero como Harris al parecer no tenía intenciones de levantarse de ese banco y ellas tenían sueño, al rato se despidieron de nosotros con un gentil hasta luego. Yo pude irme con ellas, pero decidí por desgracia hacerle compañía a Harris. No se acababan de ir y ya él estaba descargándome acerca de lo hijas de putas que podían ser las mujeres si se lo proponían con especial ahínco. La noche estaba muy fresca y yo empezaba a sentir frío, de manera que le dije: Harris, me voy.

—Eres como todos los blancos –dijo él– tronco de hijo de puta.

Pobre Kirenia, pensé yo. Me levanté y fui a acostarme.

A las dos de la mañana, cuando regresaba del muelle, Kirenia vio a Harris. Todavía sentado en el banco, apoyaba la cabeza en las rodillas y no se le veía el rostro. Kirenia se sentó al lado. Estaba dormido. Ella lo tocó en el hombro.

—Harris –dijo Kirenia.

—Los fantasmas –dijo Harris y se despertó.

—Vamos para la casa –dijo la muchacha del cabello tan largo que casi le llegaba a la cintura y el hombre negro se puso de pie y caminaron abrazados.

—¿Y Liset? –preguntó Harris.

—No sé –dijo Kirenia.

(Decir me estoy quitando la ropa para que veas que mi cuerpo es tu puñetero país y te estaba esperando para que camines por él, te sientes a beber en sus bares, digas malas palabras cuando se te vayan los ómnibus y hagas el amor en todos y cada uno de sus hoteles, casas de huéspedes, casas de putas, etcétera. Decirte Harris, mi cuerpo es tu mar, para que pruebes ahogarte en él. Decirte Harris, mi cuerpo es tu música, para que lo cojas e improvises hasta que se vaya

el sol y salga la luna y se nos quede mirando y sea como si acabáramos de nacer y nadie diga cojones qué rico, sino que estemos muy callados con la cabeza apoyada en la almohada, sintiéndonos unos ángeles, Harris.

Sintiéndonos unos ángeles, Harris, andando por las calles cuando llueve y uno puede resbalar por las losas del Bulevar sabiendo que la vida es para eso, para deslizarse Harris, sintiendo que la vida, Harris, es una canción infantil. Llamándote aunque estés a mi lado para que tú me contestes. Cantando como una loca, para que los vecinos entreabran sus visillos y miren afuera y nos vean: Harris el furibundo acompañado por Kirenia la pelandruja y luego los vecinos digan mierda delante de los niños y se sientan mal por decir malas palabras y canten una canción infantil para que los niños se duerman. Estaba la pájara pinta sentada en su verde limón, con el pico recoge las ramas, con el pico recoge la flor... Yo soy la pájara pinta Harris. Yo soy un merengue en la puerta de una escuela y soy un cartel en una pared pública y estoy gritando con mi cuerpo Harris Sanzo me vas a matar.)

—Qué triste es todo –dijo Kirenia.

Mis manos son tan grandes y tu cuerpo tan delicado que temo quebrarte cuando te toco, por eso voy hasta ti a ciegas, voy hasta ti temblando, muchacha frágil que apenas eres otra cosa que un poco de bruma en mi ventana, ay Kirenia cómo te extrañaba sin extrañarte, cómo te amaba sin amarte como eras para mí apenas esa canción infantil que tanto te gustaba, como eras para mí la pájara pinta, la que soñamos conocer y nadie nos presenta.

Al otro día los vi juntos y reconciliados. Kirenia se veía muy alegre y Harris se había afeitado y vestía la ropa comprada por Kirenia y Liset para cuando saliera de la cárcel. Ella fue la primera en verme. ¡Ricardo!, gritó y fue a darme un beso. Luego me enlazó por el brazo y me llevó junto a Harris.

—El viejo Ricardo –dijo él a modo de saludo.

Empezaba el invierno y la mañana era fresca y hermosa y Kirenia

tenía el pelo suelto y se reía de nada.

—¿Dónde van? –pregunté luego de un rato.

—Por ahí –dijo Harris y se encogió de hombros.

—Ven con nosotros –me invitó ella.

—No –dije primero, pero luego los acompañé.

—Vamos a reírnos un poco –dijo Harris.

Entramos a varias tiendas. Todo era caro y de un ostensible mal gusto. Los clientes se apelotonaban comprados zapatones de exagerados tacones, comprando vestidos mal cortados y peor ejecutados. A veces daba risa y a veces daba lástima. Cuando nos cansamos de ver cosas feas, fuimos hasta el parque Martí y nos sentamos en la glorieta a sentir la brisa.

—¿Cómo fue? –le pregunté a Harris refiriéndome a su experiencia carcelaria.

—¿Y cómo quieres que haya sido? Terrible, el servicio muy malo y la comida peor. Dos meses comiendo espaguetis, chícharos y boniato hervido, además éramos cinco en la celda y había uno que no hacía más que llorar y decir que no había sido él, me tenía los nervios de punta. Así que al tercer día le dije que se callara y él le dijo a los guardias que yo era tremendo problemático, de modo que cierto oficial, Jacinto, cuyo hijo había sido alumno mío la vez que se me ocurrió dar clases en el conservatorio, me llamó a su oficina y me dijo que no me buscara líos pues mi caso estaba por solucionarse, luego me brindó el primer café que tomaba en muchos días. Casi se me humedecieron los ojos cuando me tomé ese café. Entonces me regresaron a la celda y por la noche cuando ya estoy a medio dormir, soñando con música, siento primero un ruido extraño y luego unos gritos ahogados y un remover de la litera de al lado, me tiré del jergón y cuando voy a ver, eran tres de los otros presos jugando a los dados.

Quiero dormir, les dije yo.

Duerme, dijeron ellos.

Hacía un frío del carajo y yo tenía tremendas ganas de volver a

acostarme, pero con el ruido que hacían estaba seguro de que no podría dormirme, así que dejé de ser el furibundo Harris para convertirme en Harris el caballero andante o Harris el comemierda y les volví a exigir que dejaran el juego. Uno de ellos reaccionó con suma violencia. ¡Ahora vas a ver, musiquito de mierda!, me gritó.

A mí la oscuridad no me dejaba ver bien, pero me parece que la cuchilla que tenía en las manos estaba hecha con una cuchara. Lo cierto es que si no ando rápido ahora ya yo fuera historia y la buena de Kirenia estaría suspirando por otro falo.

—¿Por qué tienes que ser tan desagradable? –dijo Kirenia.

—Era una broma –dijo Harris y le acarició las mejillas a Kirenia.

—¿Y qué pasó después? –pregunté.

—Te interesan las aventuras carcelarias del viejo Harris –dijo él y siguió contando cómo cogió a ese individuo por los hombros y lo metió de cabeza contra la pared y cómo los otros dos se le vinieron encima y cómo uno logró cortarlo por la espalda y cómo vinieron los guardias y lo trasladaron de celda y allí en la nueva celda conoció a Florencio, aficionado a jugar ajedrez y carterista.

—Lo peor era el deseo constante de darme un trago. Días malos esos –concluyó Harris meditabundo.

—Pero por suerte ya Harris el furibundo esta en la calle de nuevo, dispuesto a hacer de las suyas –dijo Kirenia y rompió a reír.

—Me gusta que me llames así –dijo Harris y se besaron en la boca.

—¡A beber! –exclamé yo y compramos una botella de whisky con el dinero que me quedaba del último cuadro, vendido hacía exactamente un mes, y allí mismo en la glorieta empezamos a darnos unos tragos cortos y melancólicos y seguimos sacando al sol los remiendos de nuestras vidas. Harris estaba soportable, casi simpático, no me llamó blanco hijo de puta ni una vez y a Kirenia le dijo perra con delicadeza, casi parecía un cumplido. Yo no le pedí que me hablara de John Lennon ni de Nueva York. Lo dejé disfrutar del whisky y de los cigarrillos Marlboro que compró en el Palatino.

—Cuéntanos al viejo Ricardo y a mí algo sobre tu infancia –dijo Harris de pronto.

Kirenia sonrió.

—Ay Harris ¿de nuevo?

—Sí –dijimos a dúo Harris y yo.

—Mi infancia fue feliz mientras mi padre vivió con nosotras. Mi padre fue el hombre de la vida de mi madre y un poco también el hombre de mi vida, ambas nos disputábamos su amor, ambas queríamos monopolizar su atención a toda costa, mi madre con sus armas de mujer hermosa, yo con mi condición de única hija de mi padre. Mi padre siempre olía a juguete nuevo. Era tan bueno conmigo mi padre, pero no de una bondad de cuchí cuchí y esas cosas. Mi padre me trataba con respeto, como si yo fuera una persona mayor. Nunca quiso que yo fuera una de esas niñas tontas que le temen a las ranas y no saben montar bicicletas. Esa es una de las cosas que nunca podrán quitarme. En los momentos de abatimiento pienso. *Mi padre me quiso mucho*, y levanto la cabeza. Cuando se fue, la música que hasta entonces había llenado mi alma cesó para siempre. Nadie me dio la noticia, yo era muy pequeña, sencillamente me olvidaron. Mi madre me dejó sola con los juguetes y mi mundo, pero mi mundo estaba también desolado. Mi madre lloraba su abandono y las lágrimas le impedían verme. Mamá, estoy aquí, le decía yo agarrándome de su falda. Es algo raro, pero mi madre y yo nunca logramos congeniar, apenas nos soportamos.

—¿Y cómo es tener diecinueve años? –le pregunté para sacarla de la tristeza.

—No es muy divertido –aseguró ella– no te toman en serio, todos creen que lo que vives no importa pues no es más que una preparación para vivir otras cosas. Todos quieren algo de ti.

—Kirenia la pensadora –dijo Harris.

Ella suspiró y le apretó la mano y volvieron a besarse.

—¿Si tuviera cincuenta años me querrías más? –preguntó.

—No lo sé –dijo Harris.

Luego le entraron ganas de tocar, así que fuimos hasta el Palatino. Los clientes que lo conocían, al verlo llegar con su saxo aplaudieron y Marcelo, un arqueólogo español nos invitó a su mesa. Después de tocar, Harris se sentó con nosotros y seguimos tomando. ¿Por qué los cubanos toman tanto? Preguntó Marcelo. Porque no hay más nada que hacer, le contesté y me serví otro trago. Afuera empezó a caer una de esas lluvias finas que parecen augurar algo bueno y nos quedamos tantísimo rato en el Palatino esperando la escampada.

Cuando nos despedimos, ya eran las seis de la tarde.

Llegaba a la escuela, entraba al aula y se sentaba a pasearse por la luna de Valencia, es decir miraba por la ventana y sus alumnos armaban tal algarabía que los profesores de las aulas contiguas, apenas lograban impartir sus propias clases. Kirenia pensaba en sus cosas mientras los alumnos olvidaban las pocas nociones de matemática aprendidas en grados inferiores. Esta chiquilla es lo más antipedagógico que hay, pensó una vieja profesora de química que en el aula contigua daba clases y se asomó a ver qué pasaba. ¿Hicieron la tarea?, preguntaba Kirenia cuando ya llevaba casi veinte minutos sin decir nada. Por supuesto que salvo mi hermana y otros dos, nadie había hecho la tarea. ¿A ver, Ana?, decía Kirenia y la tal Ana, una muchacha algo gorda iba a la pizarra, borraba y luego respondía los tristes ejercicios de la tarea. Maestra, cuéntenos algo, decía algún alumno después y los otros lo apoyaban. Kirenia siempre se hacía de rogar un poco. Niños, esta es una clase de matemática. Nadie se va a enterar maestra, decían los alumnos. Ella paseaba la mirada por las cabezas de los alumnos ansiosos de escucharla y ellos cerraban la puerta y se volvían cómplices y silenciosos.

—Yo mejor debería explicarles eso de los teoremas de las transversales –decía Kirenia– pronto van a venir los exámenes.

—No se preocupe, maestra –decía una alumna muy oscura de piel con una sonrisa que dejaba ver unos dientes muy blancos. Esa alumna le recordaba a Harris por eso Kirenia la trataba con especial simpatía. Los

alumnos agrupaban los asientos para oír a Kirenia. Se sentaban lo más cerca posible del buró de la maestra. Kirenia les narraba historias de aparecidos, esa era su especialidad y a los adolescentes acostumbrados a las películas de horror, sin embargo les entraba una especie de agradable escalofrío oyendo a la jovencísima profe. Está rica la maestra, le decía un alumno a otro cuando llegaba el receso y Kirenia abandonaba al fin el aula.

No sabe ni dónde está parada, decían las otras profesoras de matemáticas refiriéndose a Kirenia cuando ella no podía escucharlas.

Yo estaba trabajando en la Habana, así que en varios meses no supe de ellos dos. Al fin luego de una discusión más intensa de lo necesario, mi jefe decidió darme la baja y como me vi en la calle y se me estaban acabando los dólares, regresé a Cienfuegos. Me había traído una buena porción de marihuana habanera, de modo que después de cierto triste empate con una jugadora de baloncesto, fui a visitarlos. Yo tenía una nota sabrosa y toqué a la puerta quizás demasiado alto. Va, va, dijo Kirenia desde dentro y cuando abrió y vio quién era, la expresión contrariada de su rostro varió enseguida. Me abrazó como si hubiera visto al salvador de su alma.

—Cómo te extrañé –dijo y luego retrocedió un paso para contemplarme.

—Estás más gordo –añadió.

—Y tú estás bella –dije yo y era verdad.

—Es que estoy enamorada –dijo ella.

—¿De quién? –pregunté.

—¿De quién va a ser Ricardo?

—De Harris.

—Además… él todavía no lo sabe, ni mi madre, pero quiero darte la noticia a ti primero –dijo Kirenia con una carita de muchachita tonta y feliz que yo nunca le había visto antes.

—¿Y Harris? –le pregunté.

—Trabajando –dijo ella.

—¿Y cómo va la poesía?

—Bien... ¿Pero no quieres oír lo que tengo que decirte?

—No es necesario, he visto suficientes telenovelas y películas de tres por kilo... Estás embarazada.

—Sí –dijo ella.

—Estás loca –dije yo.

—Sí, soy feliz –aseguró ella– y quiero tener un hijo de Harris.

—Ser feliz es una falta de consideración muy grande, teniendo en cuenta que estamos en período especial, así que pon cara de desgraciada o le dañarás la moral a mucha gente –le dije y luego– recuerda que en los hospitales no hay sábanas y como a veces falla la esterilización puedes coger una bacteria.

Ella siguió sonriendo.

—¿Y tu objetivo de estudiar teatrología? –le pregunté.

—Eso puede esperar –dijo ella y me invitó al Coppelia.

Como hacía tanto frío, no había casi nadie en la heladería y pudimos sentarnos en una de las mejores mesas.

—Ahora leo mucho, Ricardo –me dijo cuando nos sirvieron el helado–, estoy leyendo a Marguerite Youcenar.

—Yo no te imagino con un niño en brazo preocupándote de pañales, biberones y cagaleras.

—No hables así –pidió ella, y siguió sorbiendo su helado sin mirarme.

—Estás loca, Kirenia –le dije– piénsalo ¿para qué cojones Harris y tú necesitan un niño?

—Un hijo siempre hace falta –dijo ella.

Me dieron ganas de darle una galleta, pero me contuve. La vi llevarse pequeñas porciones de helado a la boca y la imaginé mucho más gorda y con una barriga enorme, casi tan grande como el Coppelia mismo. Horror, pensé, Kirenia está arrebatada.

—Solo hay una cosa peor que un niño, dos niños.

—Oh, cállate –dijo Kirenia con suavidad–.Tú serás el padrino.

—Me niego rotundamente.

—Está bien, tendré que comprar un revólver y obligarte a reconocer a tu ahijado.

—Ja, ja, ja que cómica –dije y luego pregunté–. ¿Te imaginas lo que va a decir Harris?

Ella dejó el helado y me miró a los ojos.

—¿Qué?

—Que eres una loca y te cogerá por los moños y te llevará al hospital para que te hagan un aborto. Eso si no le da por sacártelo él mismo y tendrá toda la razón del mundo para actuar así. Harris es un alcohólico, nena, necesita una botella de ron diaria al menos, eso sin contar su carácter altamente iracundo, ningún niño merece un padre así, es capaz que un día borracho le dé ron al niño en vez de leche, además fíjate como trata a Liset su única hija hasta ahora. Yo nunca he visto un padre menos afectivo y por otra parte, ¿no te parece que Harris está muy viejo para luchar por un vejigo?

No dijo nada, prácticamente vi como su alma caía al piso y se hacía pedacitos tan pequeños que para reagruparlos haría falta algo más que una escoba muy grande.

—No quiero más –dijo después apartando el helado.

—¿Nos vamos? –pregunté yo.

Caminamos por el Prado. Yo tenía el pelo muy largo, tejido en innumerables trenzas y un pulóver muy sucio, había estado pintando antes de visitar a Kirenia, y la gente al cruzar por nuestro lado evitaba rozarnos y luego se nos quedaba mirando.

—Todo eso que me dijiste de Harris yo lo sé, pero es mi vida y yo no me merecía que tú, mi único amigo, me tiraras ese cubo de agua fría.

—¿Y qué esperabas, que aplaudiera?

—Nada, no esperaba nada –dijo ella y no habló más, hasta que cuando nos estábamos despidiendo, me dio un beso y me dijo:

—Te quiero.

Yo vi su triste espalda alejándose y me quedé con mi marihuana en la

mochila y cuando ya estaba algo lejos entonces le grite: ¡Kirenia, *I love you!* Y entonces sonrió y me dijo adiós con las manos.

Fue al muelle y se sentó frente al mar. A esta hora y a pesar del frío, un montón de hombres y niños pescaban sardinas utilizando para ello rústicas cañas con el cordel amarrado en la punta. Al rato, un muchacho se le acercó y le preguntó si era extranjera. Kirenia casi tuvo que cerrar los ojos para poder verlo, pues el sol la deslumbraba. Era un muchacho de unos diecisiete años y sonreía como si tuviera algo muy bueno que darle a la extranjera que veía en Kirenia.

—Soy más cubanita que tú –dijo ella y el joven dejó de sonreír, se encogió de hombros decepcionado y le preguntó a Kirenia si era de La Habana.

—Soy de aquí –dijo ella.

—Eres linda.

Kirenia no respondió, volvió a mirar al mar.

—¿Quieres ir a una fiesta?

—No.

—Bueno –dijo el muchacho y dejó a Kirenia en paz.

Ella caminó un rato por el muelle, se acercó a los pescadores y los vio atrapar sus sardinas, y luego se dirigió a la casa. Ya serían las cuatro de la tarde. Cuando llegó, Harris estaba sentado a la mesa jugando ajedrez. Ella se acercó y le dio un beso en la boca.

—Vino Ricardo –dijo.

—¿Y qué cuenta el viejo Ricardo? –preguntó Harris sin dejar de mirar las piezas.

Kirenia se sentó frente a él y lo miró con tal intensidad que por un segundo Harris levantó la cabeza.

—¿Y?

—Nada –dijo ella y siguió mirándolo.

Las puertas del balcón estaban abiertas, por lo que en la casa hacía casi tanto frío como en el exterior, sin embargo Harris estaba vestido apenas con una ligera camisa de verano. Esa camisa se la había comprado

Kirenia y ella ahora recordó la inmensa cola y el placer que experimentó cuando pudo dársela envuelta en papel de regalo.

—Sírveme un trago, la botella está en el refrigerador –dijo él de pronto.

Ella estuvo a punto de rogarle que no bebiera, pero Harris tenía el rostro apacible que sólo reservaba para jugar ajedrez y tocar el saxo y no quiso amargarlo. Buscó la botella y vertió un poco de ron en uno de los vasos que cogió en la alacena. Probó la bebida y luego se la alcanzó a Harris.

—Gracias –dijo él, se dio un trago largo y siguió jugando.

—Harris –dijo Kirenia al cabo de un rato.

Él levantó la cabeza y Kirenia lo vio como realmente era, no como deseaba verlo, un hombre bastante mayor, con el pelo casi blanco, una tremenda capacidad para buscarse problemas y una también tremenda dependencia del alcohol. Afuera alguien rompió a cantar a puro grito, como si más que cantar se estuviera quejando de algo muy impreciso pero terrible.

—¿Y? –inquirió Harris.

—Nada.

—Déjame acabar aquí y entonces hablamos todo lo que quieras –dijo él y siguió concentrado en su ajedrez.

—No te apures –dijo Kirenia– yo voy a leer.

Fue hasta el cuarto y busco un libro de Raúl Hernández Novás. Se acostó en la cama e intentó concentrarse. Por la abierta puerta de la habitación veía a Harris mover las piezas de ajedrez, silbar entre dientes, darse un trago de vez en cuando. Luego se quedó dormida.

Cuando despertó Harris había comprado pizzas y la invitó a sentarse a la mesa.

—No quiero, gracias –dijo ella pues sentía deseos de vomitar.

—Parece que algo me cayó mal –dijo y Harris la atrajo hacía sí y la abrazó con fuerza. Ella se miró en el deteriorado espejo de la sala. Tenía el pelo tan largo, casi le llegaba a la cintura. Siempre le había gustado así,

ahora tanto pelo la hacía sentirse rara. Una vez, poco antes de conocer a Harris, ella había posado para mí y yo la había pintado desnuda y envuelta en sus cabellos, dotándola de una expresión ingenua y ardorosa a la vez. El cuadro se iba a llamar *Puta del período especial*, pero no me quedó como hubiera querido y le cambié el titulo. Lo titulé *Musa* y se lo vendí a un extranjero por cincuenta dólares y una reproductora de CD. Esa reproductora se la regalé a Kirenia.

—Me botaron de la escuela –dijo la muchacha.

Y era verdad. Ayer la secretaria docente había ido hasta el aula y luego de pedirle permiso a ella y a los alumnos le había informado que después de clases fuera a la dirección pues el director y el consejo de dirección necesitaban hablarle. Son demasiados para mí, pensó Kirenia pero cuando concluyó el turno de clases fue a la oficina del director. Allí estaban esperando por ella, el director, la secretaria docente, la jefa de cátedra de matemáticas y la secretaria del sindicato.

—Siéntese –dijo el director, pero como Kirenia declinó la invitación, se acomodó los espejuelos y empezó a hablar.

—Es muy penoso lo que tengo que decir...pero la hemos estado observando, compañerita y realmente no estamos satisfechos con la forma en que usted imparte la asignatura y...

Desde afuera llegaban las voces de los alumnos de octavo grado practicando voleibol pues se encontraban en la educación física. Hacía mucho calor y la oficina olía a libros viejos y a perfume chillón.

—Deme la baja –dijo Kirenia de pronto.

—Ese no es el punto –dijo la jefa de cátedra de matemáticas–, usted es una persona muy joven, podría tener un futuro muy grande en la pedagogía si se lo propone en serio, pero permitiéndole a los alumnos que hagan lo que deseen no va a llegar a nada, ni aquí, ni en ninguna otra escuela.

Esa jefa de cátedra era una exaltada. La rebelde sin causa, la llamó Kirenia para sus adentros, viendo cómo se le hinchaban las venas del cuello, parecía que le iba a dar una cosa. Kirenia no se sentía bien, tenía

mareos. Por lo que sin pedir permiso se sentó en la silla que le habían ofrecido antes.

—¿Se encuentra usted bien? –preguntó el director.

—Sí –dijo Kirenia– el punto es que yo en realidad no sirvo para impartir clases, así que me disculpan ¿dónde tengo que firmar?

La secretaria docente le extendió un papel donde escuetamente se informaba que a la compañera Kirenia Gonzalo se le daba de baja del claustro de profesores por no cumplir los requisitos mínimos indispensables.

—Antes de firmar, piénselo –dijo el director–, nosotros estamos dispuestos a darle otra oportunidad si usted lo desea.

Otra oportunidad. Kirenia se había pasado la vida esperando y recibiendo otras oportunidades. Ya estaba algo cansada de que le perdonaran la existencia, le pidió prestada la pluma a la jefa de cátedra.

—Piénsalo, muchacha –dijo la mujer, pero Kirenia se encogió de hombros e imprimió su firma al pie del documento.

—Fue un placer trabajar con ustedes –comentó a modo de despedida.

—Eso hay que festejarlo –dijo ahora Harris y cargó a Kirenia y con ella en los brazos dio varias vueltas por la sala.

—Harris, me siento mal –dijo la muchacha y él la sentó en el sofá.

—¿Qué te pasa? –preguntó.

Al otro día me llamó. Yo estaba templándome una colombiana, estudiante de medicina y bastante mala en la cama, pero que tenía un par de nalgas soberbias. Oí el teléfono y seguí arriba de la colombiana, pero el teléfono no dejaba de sonar y así realmente no hay quien pueda. Me levanté con el objetivo de tirar el aparato por el balcón. Pero se me ocurrió pegar el oído al auricular y entonces oí:

—¿Ricardo, eres tú?

—Sí, soy yo, pero ahora no puedo atenderte, tengo alguien conmigo aquí.

—Está bien, disculpa –dijo ella.

Por un segundo me pareció que estaba llorando. No me dijo que me llamaba para que fuera con ella al hospital.

(La cola era enorme. Una se sentaba en los bancos a que pasara el tiempo, pero el tiempo se había congelado y era necesario esperar entonces a que se derritiera, luego la enfermera vestida de blanco y con cara de pescado frito nos concedía la merced de decir el próximo, para que una de nosotras, se persignara y entrara al salón de legrados. Hasta el nombre lo tiene feo este salón, diría Harris si estuviera aquí.)

Una mujer se acercó, le acarició el rostro a Kirenia.

—¿Qué edad tú tienes, hija mía?

—Diecinueve años –dijo Kirenia.

—No tengas miedo –dijo la mujer y se fue caminando con sus andares de ánade.

(No tengo miedo, tuve deseos de gritar. No tengo miedo, tuve deseos de escribir en las paredes, no tengo miedo, tuve deseos de tatuarle en la espalda a la mujer. Quiero tener un hijo de Harris, le diría cuando se virara a mirarme con la espalda toda ensangrentada.

Pero hija, mi espalda no se ha metido contigo, si quieres tener un hijo con él, díselo a él.

Ese es el problema, le diría yo es que no puedo decírselo, no me sale.

¡Ah!, diría la mujer quitándose la ropa y enjugándose la sangre de su espalda con la saya.

¡Ah!, dirían las otras embarazadas.

¡Dios mío!, diría yo y saldría corriendo, intentando romper todos los récordes mundiales y olímpicos. Correría hasta el muelle y luego me lanzaría al agua para no oír cómo la enfermera de cara de tranca dice el próximo y tacha el nombre de alguien en su formulario. En ese sórdido formulario tacharán también mi nombre y me quedaré sola cuando el médico me abra de piernas y me diga que sólo es para que entre un poco de aire, y explore mis interioridades

y descubra la violencia de mis entrañas y sepa de mi interior mucho más de lo que yo sabré nunca y se haga tan experto en mí que pueda, cuando esté borracho, alardear de conocer mi interior, de saber el justo color de mis ovarios cuando cae la noche y hace frío, a qué huele mi vagina cuando estoy molesta. Sólo tiene diecinueve años, pero ya se ha hecho un aborto, dirá si es un médico conservador, estas muchachitas están apretando, dirá rascándose la cabeza en caso de que le guste ver vaginas. Trescientas vaginas al día, buen récord. Vaginas amelladas, vaginas rotas, desgarradas, tristes vaginas sin amor cantará este médico cuando al final enloquezca y estemos juntos él y yo en el hospital psiquiátrico.

Cállese paciente, dirá la enfermera.

Es que he visto demasiadas vaginas, dirá él a modo de disculpas y la enfermera meneará la cabeza con reproche y mala educación y tachará su nombre de un formulario parecido a este y lloverá entonces una lluvia ácida y triste y yo estaré sentada en uno de los tantos bancos del hospital psiquiátrico dejándome mojar, viendo cómo la lluvia me está anegando, haciéndome parte de ella, siendo en parte feliz porque soy familia de la lluvia y entonces llega Harris a visitarme con un ramo de flores y una larga capa de habitante de otro planeta. Llega Harris y pregunta por mí en la dirección del psiquiátrico y le dicen que yo no estoy, que me he muerto y él bota las flores, las deja caer en el basurero, las aplasta para que nadie pueda cogerlas, pues esas flores eran para mí, Kirenia Gonzalo y Villegas.

Y que descanses en paz, dirá Harris al visitar mi tumba, pues ahora soy un fantasma y tengo ciertos privilegios y entre ellos está el de obligarte a visitar mi tumba, el de obligarte a arrepentirte, no de lo que me hiciste, si no de lo que no me hiciste Harris Sanzo.)

—La próxima –dijo la enfermera.

Estaba sentado en su mesa habitual, tenía el saxo sobre las piernas y leía a Camus, cuando la norteamericana se acercó y le indicó la fosforera y dijo: *Fuego, por favor* en un español enrevesado por un lado pero femenino por otro. Era ya la tercera vez que la veía y nunca antes le había

parecido tan linda, tan especial y distinta.

—¿Puedo sentarme? –inquirió ella y Harris le dijo que por supuesto, y ella apartó una silla y se sentó y fumó en silencio mirando a Harris y luego dijo: *Toca usted muy bien* y Harris sonrió como si fuera un tremendísimo honor que ella lo elogiara y luego ella intentó echarse aire con las manos y dijo qué calor y Harris la invitó a tomarse algo frío y ese algo frío fue una coca cola que el camarero le trajo y ella bebió con deseo y a Harris le pareció muy hermosa con sus ojos almendrados y su piel tan oscura y luego ella le dijo que se llamaba Evelyn y le tendió la mano y se echó a reír cuando él se la besó y le dijo en inglés que era demasiado bella para ser cierta y se pellizcó para averiguar si estaba soñando y luego ella, pues parece que estaba en plan de confesión y había confundido a Harris con un monje, le dijo que estaba en Cuba para tomar fotografías y dentro de seis meses montar una exposición en Nueva York. Harris estuvo entonces tentado de hablarle de esa ciudad pero se contuvo y le preguntó sobre qué sería la exposición y ella bebió de su coca y se encogió de hombros y dijo que ella era algo loca y dejaba que los temas la encontraran.

—Estoy buscando un guía, pero alguien especial, alguien que sea atrevido y no quiera solo tumbarme el dinero. Yo le pagaría muy bien.

—El dinero no es problema –dijo Harris– cualquiera se volvería loco por andar con usted por ahí.

—¿Eso lo incluye a usted? –inquirió ella y Harris le dijo que tenía que pensarlo y ella puso cara de decepcionada y Harris sonrió y dijo de pronto que ya lo había pensado.

—¿Y?, preguntó ella.

—Me voy con usted –dijo Harris y uno de los camareros se le acercó para pedirle que tocara pues un alemán había venido de Baviera sólo para oírlo y Harris iba a decir que se vaya pa la mierda ese alemán, pero como ella lo estaba mirando le dijo al camarero qué si no se daba cuenta de que estaba hablando con la señorita, qué si era ciego o qué. El camarero se encogió de hombros e iba a contestar, pero Evelyn le apretó el brazo a

Harris y le pidió que tocara no para el alemán si no para ella y Harris se levantó con una sonrisa y se llevó la embocadura del saxo a la boca. *Se jodió Kirenia*, pensó el camarero.

—El próximo –repitió la enfermera y Kirenia se puso de pie y avanzó hacía la puerta.

Dentro del estrecho salón estaban un médico ya de edad y una enfermera mucho más joven, que le sonrió con simpatía a la muchacha. Kirenia reaccionó a esa sonrisa como si fuera un perro al que le hubieran tirado un hueso.

—¿Cuantas semanas tienes? –pregunto la enfermera con voz amable.

—Creo que cuatro –dijo Kirenia.

—Usted no tiene que creer nada –dijo el médico–. ¿En el consultorio del médico de la familia no la revisaron antes?

—No, yo vine directamente para acá –dijo Kirenia.

—*Esta gente* me va a volver loco –dijo el médico y se paró de la silla.

Esta gente era obviamente Kirenia y ella volvió a desear ser Harris para darle un solo pescozón al médico, para tirarlo de espaldas.

—La doctora que atiende al consultorio está enferma –dijo Kirenia a modo de explicación.

—Yo lo siento mucho, pero sin remisión no te puedo atender porque si te pasa algo la responsabilidad es mía y ya yo tengo suficientes problemas para buscarme uno de gratis –dijo el médico y se levantó del asiento para dar por concluida la entrevista. Era un hombre alto bastante bien conservado para su edad y gastaba una bien cuidada barba que junto con los lentes le daban cierto parecido con León Trotski. La enfermera simpática sonrío con pena.

—Más lo siento yo –dijo Kirenia.

—Por favor salga y cuando tenga la remisión y el resultado de los análisis vuelva –dijo el médico.

—No voy a salir, estoy en esa cola desde las seis de la mañana y a mí nadie me explicó nada de remisión –dijo Kirenia– usted tiene que

atenderme, usted no puede tratarme como un perro pues no lo soy, no puede decirme salga, entre, haga esto o lo otro, o qué se cree…

La enfermera también se levantó de la silla.

—Ay doctor, es que ella está tan nerviosa y es tan joven.

—Yo no la mandé a no cuidarse, hubiera usado preservativo –dijo el médico pero volvió a sentarse, sonrío y dijo:

—No me lo tome a mal muchachita, pero anoche tuve guardia y ya son las cuatro de la tarde y he atendido a más de treinta pacientes.

Evelyn tenía los ojos húmedos.

—¿Qué le pasa? –le preguntó Harris.

—Toca usted muy bien –dijo ella y él se encogió de hombros y le dio las gracias y le pidió permiso para secarle las lágrimas, había dicho sorberle pero ella no entendió y él se limitó a pasarle las manos por las húmedas mejillas mientras ambos sonreían como si no hubiera otra cosa en el mundo.

—Tengo una hija de su edad –dijo Harris para que ella dijera ¿cuál es mi edad? Y cuando ella lo dijo, él dijo veinticinco años y ella dijo que sí y pareció sorprendida y le preguntó qué cómo era posible que tuviera hija tan grande y Harris le dijo que ya era un viejo pues tenía cincuenta y seis y ella le dijo con exagerada convicción que él nunca sería viejo y luego dijo esquiusmi y se encaminó al baño y Harris la miró moverse y pensó que nunca había visto un animal más bello, entonces llegué yo a comprar una botella de whisky con el dinero de mi colombiana.

—Ricardo, babe, siéntate aquí –dijo Harris al verme y tenía los ojos colorados pues ya estaba borracho aunque nadie se daba cuenta y él menos que nadie, y la negrona americana regresó del baño y me sonrió y de verdad que tenía algo que no abunda mucho, eso que los burgueses llaman clase, era distinta al resto de los turistas que solían llenar el Palatino, sonreía ni más ni menos como si el mundo fuera de ella aunque lo tuviera hipotecado. Uno se sentía raro, mirando esa mujer, uno deseaba que esa mujer fuera de uno y no es que fuera linda es que era

linda y otra cosa indescifrable, era como un sueño de opio. Ella no tenía derecho a existir.

Se sentó frente a nosotros y yo me sentí turbado, casi se me olvidó lo que había ido a hacer allí, yo tenía que llevarme esa mujer conmigo.

—Dile que soy pintor –le dije a Harris y él rompió a reír y le habló en inglés y ella sonrió mirándome y luego me volvió a tender la mano y yo la sostuve unos segundos y le dije que tenía que ir mañana a mi estudio para que yo la pintara y que el cuadro se iba a llamar *La mujer más linda del mundo en Cienfuegos*. Ella seguía sonriendo y yo me viré hacía Harris y le dije que me diera una chance y él me dijo que también la estaba luchando y que ella sería del mejor, yo le susurré entonces que él no tendría tiempo de atender como se debe a alguien así y él me mandó para el carajo en un susurro y la norteamericana pasaba la mirada del uno al otro y ya no sonreía, estaba muy seria y seria se veía más bella aún, tanto que yo pensé que a lo mejor era la marihuana que me tenía acelerado y Kirenia entretanto ya había salido del hospital y primero se dirigió a la casa y como vio que Harris no estaba fue hasta el Palatino, arrastrándose casi pues no había comido nada en todo el día y el médico le había hecho mucho daño con su espátula. Desde el parque nos vio a la americana, a Harris y a mí y estuvo a punto de sentarse con nosotros pero entonces al acercarse más vio la manera en que nosotros mirábamos a la otra y no tuvo fuerzas. Se le acabó la gasolina.

Te ofertan la noche en una tienda especial y te explican que es el mejor artículo, pero no te dicen que si la compras te la tienes que llevar con fantasmas incluidos, entonces cuando llegas a tu casa y le quitas el nylon a la noche, entonces salen los fantasmas y enloqueces de deseos de que vuelva el día. Estamos enfermos de literatura, le digo a Kirenia y me siento en el piso de la sala a fumar mi marihuana, somos unos extravagantes en un país en que la tradición nunca va a ser literaria. Le estoy dando en la vena del gusto al hablarle de literatura, pero ella no me contesta. Levanta los ojos del papel donde finge escribir un poema, se enreda un leve mechón de pelo en uno de los

dedos y me mira como si yo fuera una ventana llena de fantasmas. Kirenia, le digo, el mundo está lleno de cosas espantables y espantosas, encontrar un remanso de paz es dar un gran salto en la nada, es demostrarse a sí mismo que la posibilidad existe. ¿Me vas a dejar escribir esto? dice ella y luego dice cómo te gusta escucharte a ti mismo y más adelante por favor, por favor, por favor, por favor..., ¿puedes hacer silencio? Odio cuando actúas como un jodido personaje, le digo yo pensando en el cuento de Hemingway.

(Tú has cambiado, Harris, le digo y lo miro a los ojos y le confieso que si estuviera en mi poder lo expulsaba de la noche, luego le quito el cigarrillo y sorbo con fuerza, me paro, doy dos pasos de danza y me digo tengo diecinueve años, para creérmelo a mí misma y no estar tan triste, al menos que él no note que estoy triste. Es tan indiferente. Pasar por el Prado mascando rositas de maíz, sentarse en un banco frente al cine Luisa y hablar de poesía con alguien que nunca hubiéramos visto antes, luego coger un ómnibus e irnos a una playa desconocida, acostarnos en el agua y mirar las estrellas. Tener diecinueve años, oficio triste porque nadie tiene diecinueve años. Tengo deseos de llorar, Harris, le digo cuando en realidad quiero decirle: Te vi con ella y parecías tan feliz, cerdo, parecías tan deslumbrado, cerdo, tenías los ojos tan abiertos, cerdo, y por esos ojos te cabía un mundo. Estoy tan deprimida, Harris, le digo y la depresión, Harris, no se parece a nada, Harris, no tengo palabras, Harris, ni silencios y luego se lo digo al fin, le digo: por esos ojos te cabía el mundo y él se encoge de hombros y pretende no entender pero sí entiende, yo sé que sí entiende. No quiero llorar, aprieto los puños, me clavo las uñas para no llorar y cuando no puedo más cierro los ojos para yo misma no ver mis lagrimas. Estoy llorando, Harris, pienso y me siento tan tonta. Mi padre me explicó desde siempre que llorar no sirve de nada, digo y Harris me abraza. Tuve que llorar para que me abrazara, pienso. Estoy tan sola. Por esos ojos te cabía el mundo, le digo y luego le digo: Dime palomita, Harris, dime que soy tu perra santa, que soy tu fantasmita. Quiéreme, Harris, le digo y él dice que sí, que cómo no me va a querer, pero yo recuerdo que por esos ojos le cabía el mundo.)

Al menos estamos seguros de que siempre compartiremos algo y ese algo es la noche, los dos somos habitantes de lo oscuro y eso nadie nos lo puede quitar, sólo cuando la tarde le da pasos a la sombra empieza nuestra vida, Kirenia, y entre bares y cantinas se me ha ido el tiempo, Kirenia, y tengo que recuperarlo, Kirenia, no puedo esperar, yo no tengo diecinueve años Kirenia, tengo que vivir ahora ¿me entiendes muchachita? Yo no lo quise así, simplemente paso. Cincuenta y seis años es una edad demasiado comprometida, son demasiados años. Hay que seguir jugando el juego. Puedo decirte ahora que el otoño llegará y andaremos abrigados por el parque y nos sentaremos a ver la estatua y sus manos de mármol y luego yo tocaré una tocata melancólica para las gallinas de nuestro pueblo, pero mentiría. Quiero que la vida que he dejado atrás me alcance, quiero perderme en sus aguas. Pasar Kirenia, pasar.

(¿Y yo, Harris, y yo?, pienso y estoy danzando y mi danza es una danza triste porque estoy danzando sin música, Harris.)

Cinco días después fui a visitarla. Tuve que tocar más de diez veces para que al fin me abrieran la puerta.

Harris no estaba.

—Entra –dijo ella con desgana a modo de saludo y se sentó en uno de los sillones con los descalzos pies cruzados y me miró sin una sonrisa.

Nunca la había visto así, parecía que no se había peinado en veinte años.

—Sí que estás mal –le dije y ella sonrió con mansedumbre y se abrazó sus propias piernas con un gesto que no le conocía.

—Tú lo que necesitas es una buena clavá –le dije entonces para que dejara de mirarme con esa carita de cumpleaños.

—Ay Ricardo –dijo ella.

—¿Lo que te tiene así es el embarazo?

No contestó, pero me miró de una manera que de haber tenido un

paracaídas me hubiera tirado por el balcón.

Nunca he vuelto a ver a nadie con el pelo tan extravagantemente largo y ahora enredado como lo tenía, Kirenia parecía literalmente una joven aprendiz de bruja. Qué horror, pensé, hay que sacarla de esta casa, llevarla a que coja aire, a que vea los pajaritos.

Lo primero era fajarse con ese pelo y lograr que se cambiara el viejo vestido que le servía de bata de casa.

—¿Tienes un peine que me prestes? –le pregunté.

—Búscalo en el baño –dijo.

Regresé con el peine y a pesar de las protestas de ella le hice una especie de peinado de ocasión. Nunca he sabido peinar muy bien, quizás por eso uso trenzas pero logré que Kirenia luciera un poco mejor. Luego entré al cuarto que más regado no podía estar, abrí el escaparate y de uno de los percheros atrapé un vestido azul claro, un vestido de adolescente que a Kirenia le sentaba muy bien.

—Póntelo –le dije y se lo tiré sobre el regazo pues ella aun estaba sentada.

Me miró con unos ojos implorantes. Pero fui implacable. La levanté a la fuerza de la silla y la ayudé a cambiarse de ropa. Estaba un poco más delgada, pero no se vería del todo mal, si no fuera por la expresión de su cara.

—¿Estás empastillada? –le pregunté.

No respondió.

Salimos, ya eran las diez de la mañana, pero por suerte no había tanto sol. Era sábado, la calle estaba llena de gente y la banda municipal tocaba en el centro del Prado. Yo le tomaba la mano como si temiera que fuese a disiparse en el aire, por lo que parecíamos novios. Fuimos hasta el muelle y nos sentamos como antes de frente al mar y ella se pegó a mí y yo la abracé y entonces me dijo:

—La última vez que te llamé lo hice porque necesitaba que fueras conmigo al hospital.

No dijo más y yo no le pregunté nada, seguimos abrazados un rato

largo y luego empecé bajito una de esas canciones que cantábamos cuando nos conocimos, ella al principio no reaccionó, pero después comenzó a cantar también. *¿Oh, qué será, qué será, que no tiene remedio y no lo tendrá?...*

Estuvo deprimida quince días, luego fue como si un ave muy especial entrara por su ventana, y ella volvió a ser la pájara pinta, Harris la vio ponerse de pie sin que él tuviera que sugerírselo, la vio bañarse, peinarse e ir a la cocina a preparar algo de comer, estaba mucho más delgada, pero ya su rostro no tenía la expresión de animal asustado. Harris se le acercó y ella se dejó abrazar con una sonrisa.

—Estás bien –dijo él y se sentaron en uno de los sofás, abrazados.

—Sí –dijo ella– ahora estoy bien, sólo que nunca más quisiera sentirme como me sentí.

Se encogió al decir esto y Harris la apretó con más fuerza y le dijo que no temiera, que el viejo Harris siempre estaría a su lado para protegerla. Luego se bañó a su vez, le dio un beso en la boca a Kirenia, cogió su saxo y se fue para el trabajo. Ella buscó un cuaderno de carátula gris y un lápiz, e intentó escribir un poema, pero al rato lo dejó y fue al cuarto, se miró en el espejo, encontró que su cara le gustaba, se soltó el pelo y empezó a tejerse un montón de trenzas muy finas.

¿Qué tal, perros? era su saludo ordinario cuando llegaba al Palatino, se sentaba en su mesa habitual, cruzaba las piernas y se ponía a mirar a las muchachas que pasaban. ¿Te sirvo un trago?, preguntaba luego uno de los camareros de turno y Harris afirmaba con la cabeza y si estaba de buenas, el camarero se sentaba a charlar con él y entretanto iban llegando las primeras guaguas cargadas de turistas, ansiosos europeos que lo fotografiaban todo como si fuera a borrarse de un momento a otro. Harris tomaba su trago mirando a los turistas y cuando menos ellos lo esperaban sacaba su saxo y empezaba a encantarlos con su jazz. Eso era habitualmente, pero hoy el parque estaba casi vacío y Harris concluyó su

trago, pidió otro y entonces cuando el camarero fue a servirlo, ella llegó.

—Buenos días –dijo en inglés.

—Buenos días –dijo Harris, se puso de pie y le besó la mano.

Se sentaron y él le preguntó que iba tomar y ella declinó la invitación y sonrió mirando a Harris.

—No puedo situarte en un mapa lógico, porque tu país de origen son los sueños, dices que naciste en Oklahoma y vives en Nueva York pero esas palabras carecen de sentido para mí, te miro y quiero estar callado, quiero que tú también sigas callada, que no haya palabras entre nosotros para que todo esté por pronunciar –dijo él, cogió el saxo, se levantó de la silla y empezó a tocar. Cuando concluyó, todos los presentes aplaudieron, pero Harris no les hizo el menor caso. Se sentó frente a la norteamericana.

—Tú sacas música de mi alma, tú me haces ser mejor.

Ella sonreía.

—Gracias –dijo.

—¿Gracias por qué?

Ella se encogió de hombros, y le dijo por todo y por nada, por estar ahí sentado y por la música.

—La extrañé mucho –dijo Harris.

—Andaba por La Habana, también pensé un poco en usted –explicó ella, luego se puso seria–. No me gustó lo que pasó el otro día, entiendo un poco el español y me pareció que usted y su amigo el de las trenzas, me disputaban como si yo fuera una servilleta.

—*What can I hold you with?* –dijo Harris– *I offer you lean streets, desperate sunsets, the moon of the ragged suburbs.*

Estaba esperando que él dijera la otra parte del poema y tenía los labios entreabiertos y sus ojos eran de un dorado que Harris nunca había visto antes.

La madre le abrió la puerta y a modo de saludo le dijo: *Pasa* y luego volvió a su habitual sillón de balance y miró a Kirenia y le comentó, estás

más flaca. Ella se sentó frente a la madre y le dijo estuve enferma. La madre se balanceó con energía y dijo ese negro no tuvo la consideración de venir a avisarme, yo te digo a ti…

—¿Y qué tenías, digo, si es que se puede saber…? –preguntó luego.

Kirenia suspiró. El radio estaba apagado, por tanto aun no había empezado la novela de las diez, pensó y miró la vieja foto encima de la mesita frente al televisor. Allí estaban representados, el padre, la madre y una niña de seis años con un par de trenzas muy largas que desde las rodillas de su progenitor miraba a la cámara con expresión ausente.

—¿Qué tenías? –insistió la madre.

Kirenia la observó con atención. Una mujer prematuramente envejecida, pero con un cuerpo todavía delgado y atractivo y una cara que recordaba extrañamente la de un pez. La madre tenía unas manos hermosas, de uñas bien cuidadas y Kirenia recordó ahora mirando esas manos que cuando era más joven quería tener las mano como ella, vivir pendiente de la manicura. Se miró ahora sus propias manos de uñas sin pintar y se sintió algo avergonzada. La madre se cuidaba mucho. Sentada frente a Kirenia se veía muy pulcra y todo en la casa seguía inmaculadamente limpio.

—Estaba deprimida –dijo Kirenia.

La madre soltó un *¿ah, sí?* y se balanceó con más energía. Kirenia miraba como los pequeños pies de la madre arropados en unas medias de seda blanca y calzados con chancletas de baño, empujaban el sillón.

—¿Y por qué estabas deprimida si se puede saber? –preguntó la madre. ¿Ya tu negrón no te hace feliz?

No respondió. Tuvo deseos de levantarse, darle un beso y decirle adiós, pero no lo hizo.

La madre estuvo unos segundos mirando a Kirenia fijamente, luego fue a la cocina a colar café. Kirenia la oyó preparar la cafetera y encender el fogón. Cuando volvió a sentarse, ninguna de las dos habló. Siempre había sido así, pero hoy Kirenia había ido hasta casa de la madre precisamente para romper ese silencio. Cuando el olor del café les indicó

que ya estaba colado, se levantó antes que la madre y con un *Deja mamá*, se dirigió a la cocina. Apagó el fogón y sirvió el café. Sorbieron el líquido en silencio y luego Kirenia dijo:

—Vine a hablar contigo mamá.

—Habla.

—Mamá, vamos a hacer un esfuerzo por llevarnos bien. ¿Eh mamá?

La madre la miró rápidamente y luego cambió la vista. Sus delicadas manos se cerraron con fuerza. Parecía tan relajada como un tigre a punto de saltar sobre su presa, pensó Kirenia.

—¿Para qué quieres llevarte bien conmigo? Tú tienes al negro ese.

—Tú eres mi madre.

—Menos mal que lo recuerdas, yo siempre seré tu madre, mientras que el negro ese estará contigo hasta que le convenga, hasta que te saque el zumo y te deje como un hollejo de naranja y cuídate –dijo la madre– fíjate que flaca te tiene, ya no eres ni la chancleta de la muchachita que eras, no pareces tener diecinueve años, pareces tener treinta por lo menos.

—¿Por qué siempre sacas a Harris?, esto no se trata de él, se trata de ti y de mí, mamá. ¿Qué importa Harris?

—Sí importa, yo no puedo estar de acuerdo con que mi única hija ande revolcándose por ahí con un negro viejo que podría ser su abuelo –dijo la madre y Kirenia vio que tenía los ojos aguados, luego la vio levantarse, la vio llevar las tazas vacías a la cocina y abrir la llave para fregarlas.

Kirenia se levantó y entró a la cocina. La madre la miró.

—Tú me decepcionaste mucho Kirenia, eras muy inteligente pero dejaste los estudios porque querías ser poeta. Yo no te contradije, quieres ser poeta, pues sé poeta te dije, pero estudia algo para que te ganes la vida y no dependas de nadie, no me hiciste caso y ahora que eres ¿poeta? No, eres la querida de un negro viejo saxofonista y marihuanero y tienes el descaro de venir a pedirme que nos llevemos bien. No, tú y yo no podemos llevarnos bien hasta que dejes al negro ese.

(Nadie es feliz porque somos demasiados. Estamos en todas partes, somos la hez del universo, le dije a mi madre para que me dijera que hablo cosas sin sentido, que estoy loca, se lo dije para que me tratara mal y entonces no estuviera tan triste, se lo dije para que me llevara contra la pared y volviera a prohibirme cosas durante un rato: ver películas pornográficas, sentarse con las piernas abiertas, decir malas palabras. Se lo dije y ella me miró con los ojos más hondos del mundo, tan hondos que era posible ahogarse dentro de ellos, tan hondos que se necesitaba un gran barco para mirar a mi madre y me dijo, hija ya estas algo loca, ay Kirenia *y me abrazó como hace tiempo no me abrazaba y yo tenía deseos de que empezara a llover para poder decir al menos, está lloviendo y que no fuera tan triste. Voy a buscar a Harris y me voy a emborrachar, pensé y si Harris no está voy a buscar a Ricardo y si Ricardo no está voy a buscar a Liset y haremos el amor ella y yo lentamente como si tuviéramos una eternidad por delante y después le diré* mira que tú te pareces a tu padre pero eres más tierna *y le diré* quién te iba a decir que acabarías acostándote con la mujer de tu propio padre y luego le diré como yo quiero a tu padre Liset y desde que estoy con él no he vuelto a acostarme con ningún otro hombre *y tendremos una conversación frívola ella y yo sobre con quién se goza mas con un hombre o con una mujer y escucharemos música, nada de cosas tristes que hagan pensar demasiado, escucharemos a Joaquín Sabina y fumaremos marihuana y tomaremos un vinito que baje suave y seremos muy femeninas y volveremos a templar y después iré para la casa y cuando vea a Harris me sentiré un poco culpable de estar pervirtiéndole la hija y...)*

—Adiós –le dijo a la madre, recogió el bolso, salió de la casa y cerró la puerta con extremo cuidado, era como si temiera romper algo dentro.

Cuando bajó las escaleras, la madre estaba asomada al balcón, desde allí saludó a la hija. Ella le dijo también adiós con las manos. Hacía demasiado calor para seguir a pie y Kirenia fue hasta la parada a esperar el ómnibus.

—¿Harris sabes dónde se puede comer algo, pero algo diferente no carne de puerco, ni comida llena de grasas, algo que resbale con gozo por el estómago y que no engorde? Quiero un lugar limpio y bien iluminado, sin importar lo caro que sea, pero quiero poder ir todos los días y no sentirme culpable de estar estropeando mi estómago, ¿sabes lo que quiero decir? –preguntó la norteamericana.

—Sí –dijo Harris.

—Yo estudié en Columbia –dijo entonces la norteamericana– entré por una beca de deporte y terminé graduándome como la mejor alumna de artes.

—Sé de un lugar así –dijo Harris– es un lugar muy especial, lo regenta una vieja judía que escapó del holocausto de puro milagro, es un lugar que poca gente conoce, la comida es sana y barata. Podemos ir cuando quieras, es bastante cerca.

—Vamos ahora mismo –dijo ella y se puso de pie.

Harris miró el reloj, eran las doce del día, llevaban más de cuatro horas conversando. Caminaron por el Bulevar, ella era un poquito más alta que él, pero hacían muy buena pareja, parecían un apuesto padre y su bellísima hija.

—Yo soy diferente, Harris, lo único que le pido a un hombre es honestidad, pero no me acuesto fácilmente, una no tiene mucho tiempo que perder. Creo que fue el director de cine ruso Tarkovski el que dijo que el hombre no nace para ser feliz, que hay cosas más importantes y tiene razón, yo trato de conocerme a mí misma Harris.

—A veces no quisiera ser tan bella –siguió la norteamericana cuando estuvieron sentados ya dentro del restaurante y la anciana de cabellos blancos, nacida en la Polonia anterior a la guerra mundial, les hubo traído la carta. Aunque honestamente la belleza facilita algunas cosas, pero entorpece otras y más ahora que al parecer las mujeres negras están de moda en Nueva York, el mundo es tan grande, Harris, y uno no puede estarse quieto, uno tiene que rodar, que moverse siempre.

Sí, Harris, yo creo que las artes plásticas son un vehículo tan bueno

como cualquier otro, en realidad lo que me interesa soy yo misma, soy muy egoísta, Harris, con mi arte lo único que pretendo es saber quién soy yo, es como masturbarme, ¿no sé si me entiendes, Harris? –amplió ella cuando la mujer les trajo una especia de cordero con vegetales, plato que tenía un antiguo nombre judío.

Comieron durante un rato en silencio.

En el fondo uno toca el saxo, porque es demasiado cobarde para admitir que tiene miedo, miedo de decir la verdad. De decir no sé qué carajo hago aquí. No sé quién soy, ni que me espera y lo peor es que en el fondo no me importa. Creo que acabaré en un hospital psiquiátrico. Cuando esté allí pediré un trago. Le diré a la puñetera enfermera, por favor, hija, sírvame un trago y si se niega gritaré: ¡camarera, un trago! y lo estaré gritando hasta que me complazcan. Te llamas Evelyn, nombre absurdo para alguien tan bella, tú te llamarás Elena. Serás mi Elena y andarás por el mundo orgullosa del nombre que te di. Serás Elena para siempre, cogeré el saxo y lo rascaré como si fuera mi lámpara mágica y de él saldrá tu nombre, Elena, porque ya eres Elena. Elena hoy, Elena mañana, Elena al acostarte y Elena también al levantarte.

—Buenas –dijo con una sonrisa.

El camarero la saludó con un *Estás perdida, Kirenia*. Ella se sentó en una de las sillas y apoyó los brazos en la barra.

—Estás más delgada, pero te sienta bien –dijo el camarero– ¿quieres escuchar música?

—Está bien –dijo Kirenia– pero antes dame un vaso de agua.

El camarero cogió uno de los limpios vasos de cristal, le pasó una servilleta hasta hacerlo brillar y de una gran copa también de cristal cogió unos cubitos de hielo con una cuchara sopera y los echó en el vaso, luego abrió la llave, llenó el vaso y se lo tendió a Kirenia.

—Gracias –dijo ella, revolvió el agua para enfriarla y luego bebió mirando al camarero.

El camarero era un hombre rubio, bajito y bien parecido, de unos

treinta y cinco años. Amaba el rock y se conocían desde que Kirenia había sido rockera. Ahora le dio la espalda y puso en la grabadora un compacto de U2.

—¿Te gusta? –preguntó.

—Sí –dijo Kirenia y luego preguntó a su vez:

—¿Y Harris?

—Hoy no ha estado por aquí, a lo mejor fue a ver a algún discípulo, no sé.

—Entonces lo esperaré –dijo Kirenia.

—¿Quieres tomar algo?

No tenía dinero, así que negó con la cabeza, pero el camarero como si adivinara sus pensamientos, le sirvió un trago en el mismo vaso donde había tomado agua.

—Sabes que conmigo no hay problemas –dijo.

Kirenia le sonrió y se llevó la bebida a los labios.

—Gracias –dijo, luego puso el vaso sobre la mesa y lo apretó con ambas manos para sentir el frío del cristal en la piel.

—¿A veces no te dan deseos de cortarte el pelo? –preguntó el camarero de pronto y apretó la trenza de Kirenia con la mano derecha. Era como si esa trenza fuera un animal vivo y al atraparla él estableciera un pacto de extraña intimidad con Kirenia. Ella tuvo deseos de decirle, suéltame el pelo por favor. Pero no dijo eso. Dijo, sí, a veces.

El camarero acarició la trenza.

—Tienes un pelo tan lindo –dijo. Tenía anillos de oro en casi cada dedo y las manos eran delicadas y muy bien cuidadas.

Kirenia bebió un poco de whisky sin decir nada y el camarero intentó mirarla a los ojos, pero ella miró a otro lado. Él seguía sosteniendo la trenza. Los músicos de U2 cantaban a todo volumen, Kirenia sintió enormes, imposibles deseos de fumar mirando como el hombre enredaba la gruesa trenza en torno a su muñeca y luego se la llevaba al rostro y hundía casi la nariz en el pelo, luego decía qué olor más rico.

—Me lavé la cabeza esta mañana –dijo Kirenia mecánicamente.

—Eres tan linda.

—¿Sí? –preguntó Kirenia y sonrió.

—Ojalá yo tuviera una mujer así, que nunca la iba a dejar sola.

Kirenia bebió con calma, mirando al hombre. Tenía ganas de que él dejara la trenza y le acariciara la cabeza como si ella fuera aún una niña pequeña, pero no sabía cómo pedírselo.

—Me siento tan mal –dijo– dime cosas lindas por favor.

Tenía deseos de ver a Harris, pero últimamente Harris había pasado de ser el furibundo Harris a convertirse en Harris el invisible. Solo se veían prácticamente por la noche y ciertos negocios que él nunca especificaba lo dejaban tan cansado que se dormía casi inmediatamente. Apenas hacían el amor. Kirenia se sentía sola. Yo estaba de nuevo en La Habana y ella no tenía con quien conversar.

—Son pocas las muchachas que tienen música en los ojos –dijo el camarero– tú eres una de ellas, sólo que tus ojos no sólo cantan si no que en ellos hay toda una sinfonía y tu cara es tan bella, si hubiera una palabra que te abarcara fuera la palabra armonía… ¿puedo tocarte las mejillas? –preguntó con voz suave.

—No –dijo Kirenia, pero como el hombre pareció ponerse triste, susurró está bien y el camarero le acarició la cara y le dijo que su piel era la piel más suave que había tocado, que era como si ella no viviera en Cuba, si no en un país de clima delicado y perfecto.

—También eres muy inteligente y estás muy bien informada para tu edad. Siempre te veo con un libro distinto.

—Ya –dijo Kirenia pues el hombre ahora le tocaba los labios– me voy, gracias por el trago y por esas palabras tan lindas, si ves a Harris le dices que yo lo estoy buscando.

Cuando ya le daba la espalda para irse, oyó que el camarero decía Harris no te merece.

—Quizá –dijo y salió del Palatino.

(Nadie merece a nadie.)

Cuando llegó a la casa la puerta estaba abierta. Harris sentado en el piso tocaba el saxo. Al verla, dejó de tocar y sonrío. No estaba borracho. Kirenia fue hasta la cocina, abrió el refrigerador y se sirvió un poco de agua. Se sentó en un sillón y bebió lentamente, mirando a Harris.

(En momentos así saber que llueve es saber que aún pasan cosas en el mundo, no sólo que tú y yo estemos sentados frente a frente mirándonos las caras sin tener nada que decirnos, pero nunca llueve cuando una lo necesita de verdad, entonces vienen las palabras Harris. Vas a decir que no me quieres o peor vas a hablarme de ella sin mencionarla. Vas a decir Nueva York y yo entenderé que dices ella es hermosa. Vas a decir ayer fui al muelle y vi a los pescadores sacar una guasa tan grande que parecía eterna, la madre de todas las guasas, y yo entenderé que la americana te gusta más que yo. Estoy cansada de quererte Harris. Poco a poco voy a alejarme de ti, será un proceso algo doloroso, pero lo lograré. Entraré a un planeta desconocido, donde tú no seas más que un olor sutil, donde tú apenas estés como un acorde en el aire, una perturbación que no es posible saber de dónde proviene. Ni poniéndote una escafandra podrás entrar entonces a mi planeta, Harris. Quiero odiarte, Harris. Me lo he propuesto. Los periódicos de la tarde dirán: la pelandruja Kirenia odia a Harris el furibundo.

¡Extra, extra, ellos se odian!, vocearán los vendedores de periódicos por las calles y la gente se agolpará para comprarlos.

Voy a odiarte, Harris, y estaremos frente a frente como dos cowboys, esperando que el polvo se disipe para sacar los revólveres.)

—Ni poniéndote una escafandra podrás entrar en mi planeta –dijo ella de pronto.

—Ahora eres extraterrestre –dijo Harris– ¿Y eres peligrosa?

—No te importa, lo que yo sea no te importa.

—Sí que me importa, soy un ciudadano del planeta tierra y estoy

obligado por mi profesión de cazafantasmas a averiguar la naturaleza de los seres como usted, que provenientes de otras galaxias, no se reportan ante las autoridades.

—Sí, soy peligrosa, atrapo a los imbéciles que se creen más listos que nadie y les echo un gas mágico en el cerebelo, un gas que los hace bailar el cancán para siempre. Pronto este será un planeta de bailadores.

—Ay, échame –dijo Harris y se abrazó a las piernas de Kirenia.

—No, no te lo mereces.

Arrodillado en el piso como estaba, Harris abrazó a Kirenia por la cintura y reposó su cabeza sobre el regazo de ella.

—Hoy un hombre me acarició el pelo.

—¿Sí? –preguntó Harris sin alzar la cabeza.

—Sí –afirmó ella– mi trenza fue un animalejo asustado en sus manos, era como si ya no fuese parte de mí.

—¿Estaría cuestionándose su naturaleza de trenza? –dijo Harris.

—Quizás –dijo ella– quizás.

(Por lo general terminan pensando que una está loca, que no se lava las orejas en el momento adecuado y que camina por la senda equivocada de la vida. La ven llegar a una vestida en pleno invierno con un vestido blanco de algodón lleno de mariposas azules y se preguntan quién es esa loquita. Quieren hacerme callar, entonces me hacen atentados. Vienen por la espalda y me dan palmadas en los hombros y se esconden para que no sepa de donde provienen esas palmadas.)

—Témplame –dijo Kirenia.

(Sin una palabra llévame a la cama, sin un gesto de más llévame a la cama, concentrado en lo exacto llévame a la cama, como si cumplieras un inaplazable deber llévame a la cama, descubriendo poco a poco que el mundo es ese lugar tan raro donde en realidad no cabe todo el mundo llévame a la cama y no seas tierno conmigo, tiémplame duro hasta que sepas que reviento, hasta que te diga

basta que me matas, amárrame los pelos al espaldar de la cama, rasga la sábana y amárrame los brazos, impide el movimiento de mis piernas con las tuyas, hazme sufrir por favor, hazme sufrir y témplame duro.)

—Conocí a una norteamericana.

—Lo sé.

—Sé que lo sabes, pero quería decírtelo porque me va a pagar mil dólares para que le muestre Cuba.

—¿Ya no eres músico? ¿Ahora el señor furibundo es todo un cicerone? ¿Por qué no me dices la verdad?... ¿por qué no me dices Kirenia conocí una americana y deseo acostarme con ella, pues estoy cansado de tus depresiones, de tus larguísimos poemas y de tu pelo más largo aún? ¿Por qué no me dices, no puedo con eso Kirenia, vete a la mierda, eres una putica insufrible, por qué?

—Sabes, Kirenia, a veces eres como un patico torpe e inseguro que empieza a hacer cuac cuac y no sabe como terminar, si estuviera cansado de ti, ya te hubiera mandado a bailar la mandolina en casa de otro, pues no eres coja, ni te falta un brazo para que yo tenga tantas consideraciones contigo, así que silencio...

Kirenia se tapó los oídos con las manos y dijo cuac cuac.

—Cállate –dijo Harris y se puso de pie.

—Cuac cuac cuac –seguía diciendo ella y se paro del sillón y empezó a dar vueltas por la sala sin dejar de decir cuac cuac.

Harris la tomó por el brazo y la obligó a detenerse.

— Cálmate –dijo.

—No soy tu jodida pata –dijo Kirenia.

Luego dijo *me voy*, entró al cuarto, abrió el escaparate y empezó a echar sus ropas en un viejo maletín verde. Harris se paró en la puerta del cuarto y la miró hacer reflexivamente.

—Que no se te queden las plumas, pata –dijo.

Kirenia no lo miró, siguió recogiendo la ropa, hasta llenar el maletín, después no lo pudo cerrar y tuvo que sacar varias prendas que tiró arriba de la cama.

—Luego vengo a buscarlas –le dijo a Harris.

—Estarán a tu disposición –dijo él.

Afuera las niñas estaban cantando, *Arroz con leche se quiere casar con una brujita de la capital, rin, ran*. Kirenia cerró el maletín y sentada en la cama miró a Harris apoyado en el dintel de la puerta fumándose un largo cigarro More. *Que sepa coser*. Kirenia se puso de pie, cogió el maletín y lo halló pesado, pero soportable y miró a Harris que soltó otra bocanada de humo. *Que sepa bordar*.

Mis aventuras habaneras esta vez no terminaron tan mal, ningún jefe me botó, ninguna puta gastó mi dinero, sencillamente me cansé de La Habana. Un día estaba pasando frente a la terminal de ómnibus y me pregunté a mí mismo ¿qué hago yo aquí? y sin pensarlo más, entré a la terminal, le pague diez dólares a un chofer y me regresé a Cienfuegos.

Tres días después fui a casa de Harris, pero por mucho que toqué, nadie me abrió la puerta. Ya me iba cuando del apartamento de al lado se asomó la cabeza cargada de rolos de una vecina.

—Ella ya no vive ahí y él está de viaje –me informó la vecina sin que yo se lo preguntara– hace dos semanas ella recogió y se fue para casa de su madre y a él lo vino buscando una extranjera en un carrito de turismo, ese debe de estar por ahí festejando, ya usted sabe como es y la pobre muchacha ya sabe... aunque ella tampoco es fácil que bastante discusiones tuve con ella porque eran las cuatro de la mañana y la música altísima y una tiene que trabajar, pero en el fondo esa muchachita es una infeliz y no tenía nada de ella, no como la anterior mujer de Harris, que creía tener a Dios cogido por la barba, yo lo que no sé que se piensa él, ya no es ningún jovencito, tiene que pensar en estabilizarse, aunque Kirenia, la verdad, era demasiado joven para él y...

—Gracias, señora.

—De nada –dijo ella e iba a seguir hablando, pero yo emprendí la fuga.

Tenía muchos deseos de volver a ver a Kirenia, pero no tantos como

para ir casa de la madre, así que me dediqué a buscarla por los lugares que solía frecuentar. Fui al muelle, a la Biblioteca, al Prado, fui hasta casa de Liset. Liset me abrazó, me besó en la boca y me presentó a Ute, una austríaca que ahora vivía con ella, y oímos música un rato, fumamos marihuana y bebimos vodka pero cuando le pregunté, ni siquiera sabía que su padre y Kirenia estaban separados, además no le importaba.

—Yo tengo bastantes problemas con los míos –dijo sentada en las piernas de la austríaca de cabellos tan claros que parecía albina. Luego se dio un trago largo, se sacudió toda, me sacó la lengua y dijo: *Esto es candela* y soltó una especie de aullido lobuno.

—Dicen que mi padre anda con una negrona americana que está riquísima, pero yo nunca la he visto.

—Yo sí la he visto –dije.

—¿Y qué tal? –preguntó Liset.

—Bueno, para aquel que le gusten las mujeres con eso que la burguesía llama distinción, clase o glamour más buena no puede estar.

—¿Por qué yo no conoceré mujeres así? –preguntó Liset.

—Ponte a tocar el saxo –le dije.

—¡Soy una loca, soy una quemá, no creo en nadie porque estoy arrebatá! –cantó Liset y me dio un beso en la boca.

—Basta –dijo la otra.

Ese día, la austríaca, Liset y yo cogimos tal borrachera que olvidé hasta que Kirenia existía, pero a la mañana siguiente me dirigí a la casa. Toqué, me abrió la madre con su cara de tranca habitual y al preguntarle por Kirenia me respondió escuetamente que no estaba. A la madre de Kirenia se le podía hacer un tiempo aún, estaba bastante buena, de modo que me llené de paciencia y sonreí.

—¿Me puede decir a donde fue?

—No –dijo ella y sin más explicaciones, susurró con permiso y cerró la puerta.

Volví a tocar.

—¿Pero está viviendo aquí, señora?

—Sí –dijo y cerró.

Tuve deseos de apedrear esa puerta pintada de marrón claro, pero no lo hice.

Se estaba volviendo un poco complicado encontrarse con Kirenia.

Andaban por el centro de la calle, tomados de las manos, dispuestos siempre a perderse en la bocacalle más oscura para besarse y decir que el mundo no es una cosa fea aunque a veces lo parezca. Ella le tiraba fotos a casi todo, al menos eso creía Harris que la veía desempeñarse con la cámara unos pasos más atrás. *Is every thing okey, babe?* le preguntaba Evelyn en su inglés de puta de cine y Harris sonreía y no tenía que responder para que ella supiera que estaba bien y que mientras ella estuviera a su lado estaría bien. Luego se sentaban a desayunar y Evelyn siempre pedía lo mismo, huevo hervido y néctar de fruta. Harris en cambio comía como un animal. En el hotel principal de Baracoa, cierta camarera con inclinaciones literarias había rebautizado al músico con el sobrenombre de Pantagruel debido a los atracones que se daba. Los que lo vieron en ese entonces me contaron que parecía casi contento con sus trajes de colores claros y la suave barba que se había dejado. Algunos presidentes de las Asociaciones de Escritores y Artistas locales que no conocían de la bien fundada fama de pesado del músico, le organizaron recitales en los que Harris participó para complacer a su Elena como seguía llamando a Evelyn. En todo ese tiempo tuvo solo una bronca, con un turista canadiense que insistía en bailar con Evelyn a pesar de las continuas negativas de ella. El turista, un camionero originario de Vancouver, de al menos trescientas libras de peso y uno noventa y ocho de estatura tenía tatuada una dulce sirena en el brazo derecho y Harris supo que sería una bronca muy dura. De modo que lo golpeó primero, el hombre cayó tan largo como era y se formó una algarabía muy grande. Se encontraban en la plaza de la ciudad de Remedios, y estaba llena de gentes pues se festejaban los carnavales. El hombre se levantó presto como un gato y sin una palabra, con una determinación congénita para la

bronca adoptó poses de boxeador. Alrededor de ellos se creó un círculo, la gente empezó a apostar y Evelyn le pidió a Harris que dejara eso. Harris miró hacia ella y entonces el canadiense le dio en la quijada. Harris despertó treinta minutos después acostado en una cama del único hospital de Remedios. Tengo ahora delante de mí una foto de ellos dos, tirada con una de las cámaras de Evelyn, están parados frente a una iglesia, Evelyn carga una niña negra de unos dos años de edad y Harris le pasa el brazo por la espalda. Alrededor se agrupan varias personas.

Al cabo de un mes siento que tocan a la puerta. Yo estaba pintando así que solté un ¡Va! no precisamente hospitalario, cuando abrí era la madre de Kirenia. Parecía a punto de llorar, de manera que le pedí que entrara y le ofrecí un vaso de agua. Ella me miró con aprehensión, yo pinto casi desnudo, pero se sentó en la única silla sana que me queda y aceptó el agua. Luego de beber me preguntó si había visto a Kirenia.

—No, señora.

—Hable con ella, por favor –me dijo– Kirenia está muy extraña, veces se pasa días sin salir del cuarto y sin bañarse, otras veces le da por caminar y caminar, hoy hace tres días desde que salió y no ha regresado. Sé que usted y yo nunca nos hemos llevado bien, pero usted es el único amigo que ella tiene.

Kirenia la loca, dije para mis adentros. Le aseguré a la madre que yo haría todo lo posible por introducir a Kirenia en el buen camino, le brindé una taza de café que me aceptó después de casi rogarle y cuando se fue seguí pintando pues quería terminar una serie sobre la estupidez humana y tenía mucho trabajo. Al otro día fui a ver a un gordo que regentaba una agencia de detectives clandestina, al gordo le decían LT, no sé por qué y era uno de esos individuos que siempre parecen estar demasiado cerca. Se quedó mirando mis trenzas y me extendió una mano sudada y me dijo que cobraba por adelantado y en dólares y que

garantizaba el trabajo con fotos inclusive.

Las fotos no son necesarias, le dije yo y el gordo sonrió y dijo que eso nunca se sabe, que él conocía casos de lo más insólito. También vendía marihuana, de modo que aproveché para renovar mis reservas y regresé a la casa. Tenía la esperanza de que Kirenia me estuviera esperando. Pero no se me dio. Me sentía solo, así que llamé por teléfono a Liset pero no estaba, entonces llamé a la colombiana y me dijo, *jodete*. Concluí que por el acento debía de tener fructíferas relaciones con algún argentino. Con la que sí pude tener una larga conversación fue con mi tía Albera, pero hablar con parientes viejas es de lo más frustrante. Volví a tomar los pinceles y traté de seguir pintando. No me concentraba. *Gracias a la vida*, cantaba alguien a voz de cuello. Eran las tres de la tarde y a esa hora la sensación de ahogo está en su apogeo. Daban ganas de gritar. Me preparé un pito, me acosté en el piso y fumé largo rato. Ya era de noche cuando salí a la calle, entonces vi a Kirenia. Estaba sentada en uno de los bancos del Prado y miraba adelante. Al principio no me atreví a acercarme pues se me ocurrió que Kirenia era un fantasma. Tan ajena a todo parecía. Luego caminé despacio hasta situarme al lado del banco. *Kirenia*, la llamé bajito. Ella levantó la cabeza y sonrío.

—Ricardo –dijo.

Yo me senté a su lado y durante un rato estuvimos juntos, sintiendo cada uno la presencia del otro, sin hablar.

—¿Quieres fumar? –le dije luego y ella aceptó el cigarro.

Le pregunté cómo estaba y me dijo *Ricardo la vida es algo complicada, Ricardo cuando somos pequeños creemos que la Biblia exagera Ricardo cuando dice que esto es un valle de lágrimas, madurar significa comprender que la Biblia tiene razón Ricardo, ya seguro sabes que Harris y yo terminamos, no me importa, Ricardo, apenas me duele, lo que me preocupa es la calma, Ricardo, lo que me preocupa es que no pase nada, la calma lo va matando a una, Ricardo, ese saber que a una insulsa mañana la seguirá otra insulsa mañana y así sucesivamente y que al final de nuestras mañanas insulsas todos estaremos irremediablemente muertos, Ricardo, el amor es otro juego que uno se inventa*

para llenar su vacío de algo, Ricardo, para seguir bailando la polonesa y que el tiempo pase, Ricardo, pero al final llega la calma Ricardo, llega la calma.

—Sólo tienes diecinueve años –le dije como si acaso importara.

—Lo sé –aceptó ella y me di cuenta que Kirenia estaba más allá de la tristeza y yo, su único amigo, no podía hacer nada por ella, salvo estar sentado a su lado y abrazarla y decirle *no temas, Kirenia, todo se va arreglar*, aunque ambos sepamos que nada se arregla precisamente porque no hay nada que arreglar. Uno se sienta en el Prado a intentar sentir el palpitar del mundo bajo su cuerpo. Uno se sienta en el Prado de una insignificante ciudad de provincia y dice basta. Uno se sienta en el Prado de una insignificante ciudad de provincia con una muchacha de pelo muy largo llamada Kirenia y comprende que la vida es un sucedáneo y que no hay nada que hacerle y dice basta.

—No hemos aprendido nada –le dije a Kirenia–. No hemos aprendido que fumar marihuana es una ocupación de príncipes.

—Fumemos entonces y seamos príncipes mientras dura la noche –dijo ella.

Sentíamos que el mundo era como una avecilla rara que uno descubre mirando por el ojo de la cerradura de una casa abandonada, ave que por mucho que hagamos nunca será nuestra. Estábamos sentados allí en el Prado de un lugar llamado Cienfuegos, rodeados de nadie, fumando marihuana y tratando de no pensar. Tratando de seguir viviendo.

—¿Que te pasó Kirenia que no le haya pasado antes a millones de mujeres? un hombre te dejó y qué. Suena raro, suena estrecho de mente, pero es verdad que tienes la vida por delante, sigue viviendo Kirenia.

—No es tan fácil.

—Mira Kirenia, el tiempo lo cura todo, estoy seguro que un día...

—Yo no quiero curarme –dijo ella y parecía a punto de llorar pero no lo hizo.

—Ese maricón de Harris –dije yo.

—Él no me hizo nada –dijo ella– yo fui la que quise irme.

—Por qué –pregunté.

—No lo sé –dijo Kirenia.

Todos los malditos bancos de Cienfuegos estaban vacíos, sin embargo un hombre vino y se paró frente a nosotros y me preguntó si podía sentarse. Lo miramos, tenía una sonrisa que deseaba ser protocolar pero que a las tres de la mañana resultaba irritante.

—Discúlpenos, pero no –le dijo Kirenia– estamos conversando algo privado.

—El banco es público –dijo el hombre sin dejar de sonreír y se sentó junto a nosotros.

—Mira –le dije yo– si no te levantas inmediatamente voy a pegarte hasta en el blanco de los ojos, te voy a hacer pedacitos tan pequeños que en el juicio final Dios para armarte va a necesitar una lupa.

El hombre durante unos segundos aquilató el tamaño de mi amenaza, miró mis largas trenzas y lo flaco de mi cuerpo y al parecer yo le parecí un león bastante desmedrado.

—Hazte el loco –dijo y volvió a sonreír y le preguntó a Kirenia como una señorita podía andar con un tipo como yo, un bueno para nada, una escoria, un maldito hippie.

—Váyase para la mierda –le dijo Kirenia con suavidad.

Iba a responder, pero de un empujón lo boté del banco y cuando cayó de bruces, le di una patada en el culo y al intentar pararse, le di otra y luego otra y otra hasta que el individuo empezó a llorar y yo seguí pateándolo y no lograba contenerme y Kirenia me gritaba *¡Basta!* y el hombre se quejaba bajito y Kirenia me aguantó por detrás y le dije al hombre: *Te lo advertí, hijo de puta* e intenté volverle a pegar, pero el hombre se levantó y se llevó la espalda más triste del mundo y yo sentía una lástima grande como una casa, unos deseos de vomitar, una lástima por todos nosotros, por Kirenia, por el hombre, por la ciudad, por mí y unos mareos y empecé a llorar y era que no había comido nada desde el mediodía y la marihuana me había caído mal y tenía ganas de acostarme con Kirenia pero no sabía cómo decírselo. Me llevó hasta mi casa, abrió la puerta con la llave que sacó de mi bolsillo. Me dio un beso en la boca.

Adiós, Ricardo, dijo y se fue.

No la volví a ver con vida.

Pasaron dos años, me encontraba en los jardines de la UNEAC, siento de pronto que me agarran por el brazo y me dicen: El viejo Ricardo. Me viro y veo a Harris con trazas de estar completamente borracho. Hijo de puta, le dije y le di un abrazo y me brindó una cerveza y nos sentamos a conversar y me dijo que había venido con el pretexto de unas vacaciones pero que no pensaba volver más. Mucho frío, explicó. Le pregunté por Evelyn y me dijo que la había mandado para la mierda. No argumentó más y yo no quise preguntar.

—Demasiados fantasmas entre nosotros –especificó, luego de darse un trago largo de cerveza.

Se festejaba algo y la música era completamente infame, así que Harris compró una botella de whisky y nos sentamos en el parque, hablamos de música, de pintura y de Nueva York.

—Hace solo tres meses supe lo de Kirenia –dijo de pronto– es increíble.

—Sí –dije yo y me encogí de hombros.

Bebió y dijo que Evelyn era demasiado perfecta para él y que los negros de Atlanta o sea la familia de Eve eran tan estirados que no les cabría un grano de arroz por el culo.

—¿Y dónde está Evelyn ahora? –le pregunté.

—Supongo que en Montreal –dijo– en una exposición.

Estaba muy bien vestido y el reloj de su muñeca era un rolex autentico, así que para joderlo le dije:

—Estás hecho todo un maceta, Harris.

—Harris el maceta –dijo él con algo semejante a la melancolía en la voz, luego me dijo:

—Te extrañé bicho y extrañé a la perra esa, a la loca. Tenía tremendos deseos de verla y ahora está muerta. Meses pensando que podría reconciliarme con ella y de pronto en Miami, la horrible, alguien me jode

el día diciéndome, Harris vamos al teatro que unos músicos de Cienfuegos que te conocen van a tocar hoy y quieren verte. Me monto en el carro y me voy con ese alguien y cuando llego al teatro, resulta que era el sexteto *Salsa cienfueguera*, saco una botella de whisky e invito a los músicos y nos sentamos en los camerinos y yo empecé a preguntarles sobre la ciudad y ellos a decirme que todo está bien, que todo está okey y luego me di un trago largo y les pregunté si se acordaban de aquella blanquita de pelo largo que andaba conmigo, si se había casado o todavía andaba sola, si seguía en Cienfuegos o se había ido para La Habana. Ellos se miraron un segundo y luego el trompetista del grupo contestó sencillamente, *Esa muchacha lleva casi dos años muerta ¿no lo sabías?* No, no lo sabía, dije y ellos me contaron del suicidio de Kirenia. Yo me cagué en tu madre, Ricardo, la cogí contigo, pensé que cómo cojones no habías sabido cuidarla, pero ahora pienso que las cosas cuando van a pasar, pasan.

—Escúchame, Harris –le dije– llevo años sintiéndome culpable, así que no empieces a hablar mierda, fuiste tú quien abandonó a Kirenia cuando más te necesitaba, si no te hubieras ido ahora ella estaría viva.

—Nunca se sabe –dijo Harris– las mujeres son una cajita de sorpresas, fíjate en esta Evelyn, lo mosquita muerta que parecía, luego resultó ser la persona más insoportable del mundo, la vida se le iba a uno en recepciones y en recepciones, además quería convertirme en un maldito triunfador. A los cincuenta y cinco años, yo preocupándome de cómo me queda la corbata, de lo que le dije al asesor del gobernador de Luisiana y a mí qué carajo me importa el gobernador de Luisiana, hasta para templar con una mujer así había que pedir recepción y la casa, Ricardo, tan grande que más que una casa era una terminal de ómnibus lujosa, uno se perdía en esa casa y casi necesitaba un detective para que le indicara a uno donde quedaba todo y allí en Nueva York ahora todo es nuevo, todo lo cambiaron de sitio, lo trastocaron, así que me dije, Harris, tú lugar esta en Cubita la bella donde todo está roto y todo el mundo es un frustrado, así tú frustración no se echará a ver...

—Estás hecho todo un patriota –dije.

—Mierda –dijo él.

Estuvimos bebiendo hasta las tres de la mañana. A esa hora me acordé que Pepe Cartulina, un cherna famoso por su gordura, tenía el burdel con las chicas más adorables de la ciudad e invité a Harris a visitarlo y él estuvo de acuerdo.

Como las luces estaban apagadas, Harris tocó con fuerza.

—¿Quién es? –preguntó alguien desde adentro.

—La seguridad del estado –dijo Harris.

—¡Ay mi madre! –dijo la voz y Harris exigió que abrieran inmediatamente. El corre corre y el revuelo que se formó dentro de la casa duró unos minutos, al cabo de los cuales, el mismo Pepe Cartulina abrió la puerta.

—Buenas noches, pasen –dijo medroso.

Entramos y entonces me reconoció. Por la cara que puso, se notaba que no le había gustado mucho la broma. Pero si eres tú, dijo y luego añadió: se debe respetar el sueño ajeno, e iba a seguir hablando pero Harris lo interrumpió.

—Llama a las muchachas –dijo.

—¿Tienen dinero? –preguntó Cartulina.

—Somos millonarios –dijo Harris y sacó de los bolsillos un gran fajo de dólares.

—Vengan muchachitas –dijo Cartulina como quien llama a las gallinas y de todos los rincones de la pequeña casa salieron chicas, al menos eso nos pareció a nosotros pues estábamos bastante borrachos. Después resultó que eran solo cinco, dos rubias, una trigueña y dos negras. Las rubias eran bastante jóvenes y una de las negras era casi una niña.

—Pepe Cartulina, abusador –dijo Harris– te vamos a meter preso por descarado, yegua infame.

Las muchachas se reían.

Harris le pasó los brazos por los hombros a dos de ellas. Yo me le

acerqué a la trigueña.

—¿Cómo te llamas? –le pregunté.

—Clodomira.

—Tienes un nombre demasiado serio –dije yo.

—Para ser una puta –afirmó ella.

—No quise decir eso –dije.

—No importa –dijo ella.

—Música –gritó Harris– música o pongo malo esto.

Las muchachas volvieron a reír.

—Ay que gracioso –dijo Pepe Cartulina y conectó una grabadora.

—¿Qué quieren oír? –preguntó con una caja llena de compactos en la mano.

—Cualquier cosa que no sea tu voz –dijo Harris sentado en el sofá con las dos muchachas sobre las rodillas.

—¿Tengo que permitirte que me hagas la vida imposible en mi propia casa? –preguntó Cartulina.

—Huyen de mí, pero yo soy las alas –dijo Harris y una de las muchachas, la más alta lo besó en la boca para hacerlo callar.

—Hablas demasiado –dijo la otra.

—Vámonos para otra habitación –me susurró la trigueña.

—Sí –dije yo.

Salimos.

Empezó la música. La puerta se cerró detrás de ti... cantaba Mundito González y daban ganas de saltar por el balcón. Yo estaba sentado con aquel par de absolutas desconocidas sobre las rodillas y con aquel maricón mirándome con desconsuelo y los deseos de cagarme en la madre de Dios eran inaguantables, los deseos de ponerle mala la cosa al maldito Pepe Cartulina, desbaratarle una a una las sillas, la mesa, el juego de sala, los adornos de porcelana y los cuadros de las paredes que con tanta dedicación y mal gusto había almacenado en el transcurso de su vida de putero. Decirle me cago en ti y empezar a darle pescozones y estar toda una noche dándole en la cabeza a él y a

las chicas. Luego decir no puedo más, no puedo más Dios mío, coger el avión y volver a irme para que nadie me pregunte ¿Regresaste, Harris, estás loco, ahora que todo el mundo se va de Cuba tú regresas? ¿No pudiste con aquello?

La trigueña y yo lo oímos todo. Oímos como Harris empezó a cantar primero bajito y luego su voz sobrepasó a la de Mundito González, oímos a las muchachas y a Pepe Cartulina gritar entonces y cuando nos asomamos, desnudos como estábamos, Harris se estaba orinando en el sofá. Ese sofá rojo que Pepe había comprado en la shopping al excesivo precio de mil dólares y que era su máximo, casi su único orgullo. Pepe Cartulina lloraba y Harris tenía una expresión beatífica en el rostro, señal de que lo estaba disfrutando mucho. *El furibundo Harris en acción*, pensé.

—¡Ahora tú verás, negro de mierda! –gritó Pepe Cartulina, fue hasta la cocina y regresó con un machete.

Las muchachas, incluyendo a mi trigueña, que desnuda como estaba fue a abrazar a las otras, gritaron y la negra jovencita que era la más linda, empezó a rezar.

—Lo que voy es a matarte –dijo Pepe y levantó el machete.

Harris se cerró la portañuela filosóficamente:

—Cuidado no te vayas a cortar una cutícula –le dijo al gordo y luego especificó: aquí no se puede orinar en paz y tiró un billete de cien dólares sobre el húmedo sofá.

—Nos vemos, Ricardo –dijo como despedida y se fue dejándome solo con cinco muchachas histéricas y un gordo con un machete. Tuve que hacer malabares para que Pepe aceptara los cien dólares y no me cortara la cabeza.

(Vienes ahora cuando ya somos tan desconocidos que siento pena por ti, vienes a levantar tu saxo, a decirme con él que toda la materia del universo se concentraba en un punto y que en ese punto había música, vienes a decirme que te sentaste en las rodillas de la reina Isabel de Inglaterra y que si no te sentaste fue igual que si te hubieras sentado pues aquella duquesa era igual a la reina,

vienes a hablarme con tu saxo de un viaje de cuatrimotores alrededor del mundo, vienes a contarme del tiempo que necesitan los árboles para crecer, vienes a decirme que me quieres, vienes a invitarme a jugar fútbol juntos y el estadio será nuestros cuerpos, vienes a contarme de las estrellas del cielo del abril que no pasamos juntos, vienes a platicarme de cuanto me extrañaste en tus frías tardes de Nueva York, vienes para que yo te mire, vienes para que yo te salve, vienes para decirme que me quieres y yo no te puedo creer, Harris Sanzo, no te puedo creer aunque haya llovido hoy como antaño, no te puedo creer aunque vengas a decirme que la primera letra del alfabeto es la A, que Cristóbal Colón descubrió América. No te puedo creer, aunque saltes y aúlles como un lobo, aunque la barba te crezca como a Moisés y en tus manos vea la zarza ardiente, aunque te den el premio Nobel por la paz y hayas sido el discípulo predilecto de la madre Teresa de Calcuta, no te puedo creer, Harris Sanzo, no te puedo creer. Así que no me digas que me quieres, por favor. Así que no me digas que me quieres y que harías todo por mí, por favor. Así que no me digas que me quieres y que harías todo por mí y que sabes que no soy feliz, por favor. Así que no me digas que me quieres y que harías todo por mí y que sabes que no soy feliz pues se me ve en el rostro, por favor. Así que no me digas que me quieres y que harías todo por mí y que sabes que no soy feliz pues se me ve en el rostro, por favor y que vendrás a buscarme en un corcel blanco y nos iremos tan lejos por favor y quizás llueva entonces por favor, por favor, por favor, déjame por favor.

Déjame seguir estando muerta por favor.)

Entonces Kirenia, uno, más allá de cualquier verdad por importante que sea, acaba sintiendo que es un especie de pez con hambre, uno acaba sintiendo que asuntos fantasmales lo llaman, lo obligan a regresar, eso va mas allá de la ilusoria felicidad, uno siente de pronto que está en una fiesta a la que no fue invitado y los edificios de cristal y acero se te vuelven de cartón y papel maché, el mundo se te torna una cosa tan ilusoria que no puedes terminar de creer en él.

Fue hasta un bar de mala muerte llamado la Lonja. Ese bar siempre

está de bote en bote y hoy estaba más lleno que nunca. Entró por la puerta principal y un viejo muy delgado, descalzo y con un vaso mediado de ron en las manos, se levantó de una de las tres mesas.

—Miren quién viene por ahí. ¡El viejo Harris en persona!

Harris se acercó a la mesa del viejo, lo abrazó y le dio la mano a varios de los otros bebedores.

—¡Viva la pepa! –gritó.

—Viva –dijo el viejo sin energía y le dio el vaso a Harris– bebe compañero.

—Compañero son los bueyes –dijo Harris y se dio un trago tan largo que por poco vacía el vaso.

El viejo se quedó mirando ese vaso con tristeza, se rascó uno de los descalzos pies y susurró:

—No aprietes, compañero.

—¿Maestro y tus zapatos? –preguntó Harris pues el viejo había sido profesor de química.

—Los vendí –dijo el viejo– tenía mucha sed.

—No importa –dijo Harris– yo te voy a comprar otros mejores.

—Sí –dijo el viejo y Harris se tomó el resto del ron. Luego se puso de pie, se subió encima de la mesa y gritó:

—¡Camarero, bebidas para todos!

La gente, encabezados por el exprofesor de química rompieron a aplaudir y el camarero puso una cara muy seria:

—Sí, Harris, yo te sirvo todo lo que tú quieras pero tienes que bajarte de la mesa.

—Un doble de ron para todos y al que quiera más le sirves más –dijo Harris.

Desde una de las otras mesas, un hombre bajito y rechoncho, gritó:

—Eh Harris, tócanos algo.

—¿Ustedes me ven cara de saxofonista o qué? –dijo Harris con el saxo en las manos y se bajó de la mesa y volvió a sentarse.

El camarero con una agilidad que nadie le hubiera supuesto debido a

su gordura, brincó el mostrador y se acercó a la mesa del viejo y Harris.

—El dinero –dijo.

Harris le extendió un billete de veinte dólares.

—¿Alcanza con esto?

—Es más que suficiente –dijo el camarero.

—Ser un borracho tiene sus cosas, tiene espinas y tiene rosas –dijo Harris de pronto y el viejo lo miró con extrañeza y después le preguntó a que se refería, pero Harris no dijo nada, esperó que el camarero sirviera los tragos y entonces bebió.

—Estamos más callados que un ratón en ferretería –dijo Harris al fin.

—Un día de estos voy a reventar como un siquitraqui –dijo el viejo– por lo general me siento mal cuando amanece y luego sigo sintiéndome mal y así vamos.

—No sufras, compañero, es la vejez –dijo Harris con una sonrisa.

—Compañeros son los bueyes –dijo el viejo.

Uno está sentado en una mesa de un antro de perdición como es este sórdido palacio de la nada, La Lonja, sentado con un viejo patético, extrañando la lluvia para tener algo en qué pensar, aguantando el saxo con ambas manos. Es decir, estás sentado en La Lonja bebiendo hasta embrutecerte, hasta arribar a la condición de animal como a un puerto seguro y cuando más a gusto uno se siente entonces llegan ellos, se acercan a la barra con timidez y piden un trago y el camarero les sirve, apenas notando que estos clientes son un poco más tenues que los demás, es decir los fantasmas se sientan y fingen que beben mirándolo todo con melancolía, odiando estar muerto, envidiándonos. Luego se acercan a mi mesa ¿qué tal, Harris? dicen ¿podemos sentarnos? Quieren que uno hable con ellos, que los acepte, lo tientan a uno. Llegan y te preguntan la hora como al descuido, fingiendo que están apurados y tienen asuntos impostergables. Fingen los fantasmas, esa es su condición primera, la mentira. Nosotros conocemos a Kirenia me dicen y ella te manda recuerdo. *Váyanse al carajo, les digo yo. Al viejo que por padecer del hígado es un seguro aspirante a fantasma, le digo: no te vires que nos observan. No te*

vires. Estás loco, compañero, dice él y bebe su trago. Es tan inocente el viejo, tan inocente. ¿Y la muchachita flaca aquella, la que fue mujer tuya, no la has visto más? me pregunta y yo le digo que no. Le digo mirándolo a los ojos, compañero, el mundo está lleno de ratones que no son ratones. El mundo está lleno de escarcha. Eso será en los Estados Unidos, dice él, aquí lo que hace es un calor del carajo.

Estuvieron tomando hasta que cerraron el bar. Luego se fueron a otro, allí estuvieron hasta que lo cerraron también y entonces se sentaron en el Prado con una botella de paticruzao y el saxo de Harris. Entonaban esas viejas canciones de borrachos cuando pasé y los vi. El viejo estaba calzado con los zapatos de Harris que por supuesto le quedaban muy grandes y Harris estaba descalzo. Me senté con ellos un rato, bebí de su ron y luego Harris me confundió con un fantasma.

—Estás muerto –dijo y el viejo rompió a reír.

—Déjalo, compañero –dijo el viejo– es nuestro amigo Richard más conocido por Ricardo.

—Tú crees –dijo Harris mirándome con atención y luego cuando hubo comprobado que era yo, me abrazó con fuerza.

Eran las tres de la mañana, un perro callejero se acercó a nuestro banco y el viejo le gritó e hizo ademan de pegarle y el animal se alejó mirándonos tristemente. El viejo volvió a reír sintiéndose feliz de ser más poderoso que ese perro de un feo color amarillo y Harris y yo estábamos callados mirando adelante, luego me di un trago y les dije váyanse a dormir y ellos no respondieron, Harris no respondió y era como si no existiéramos, era como si hubiéramos estado sentados desde siempre en ese maldito banco mirando la nada, era como si fuéramos parte del Prado, era tan angustioso que comprendí que había que irse de Cienfuegos, era necesario echar el ancla en alguna otra parte pues la ciudad lo va asimilando a uno, convirtiéndolo en la nada, miré al viejo y a Harris y les dije: *Me voy a ir de Cienfuegos, no sé a dónde pero me voy a ir y nunca más me volverán a ver el pelo*. Harris me miró con esa expresión fija

que suelen tener los borrachos y suspiró.

—Está bien, compañero –dijo– nosotros nos iremos contigo.

—Este maldito lugar es la muerte –le dije– aquí nunca pasa nada. Mañana vamos a estar sentados aquí, en uno de estos bancos tomándonos otra botella de ron, asomándonos a la nada Harris, asomándonos a la nada.

—¿Qué te hizo volver? –le pregunté después– le cogiste miedo a Nueva York.

—No sé –dijo Harris– pero a veces me sentía en una fiesta a la que no fui invitado, era una sensación muy rara. La mayor parte del tiempo sentía que podía morirme sin que le importara un carajo a nadie.

—¿Y aquí a quién le importa? –le pregunté.

—Supongo que a nadie tampoco –admitió él.

—A mí me importa –dijo el viejo.

—Vámonos a dormir –dije y el viejo asintió con la cabeza.

—Todavía es temprano –dijo Harris.

—Sí, compañero, todavía es temprano –dijo el viejo.

—Entonces adiós –dije yo y regresé a mi casa.

Luego me enteré que estuvieron tomando tres días sin parar.

(Caminar juntos por el Prado, oficio de ángeles, sentarse donde el diablo dio las tres voces, sentir que no hay apuro. Ver que la tarde es maravillosa, fresca y vacilante porque aun podemos reír juntos, ir pensando de una misma soy una descarada, Kirenia, estoy caminando junto a este hombre que me hizo tanto daño, no tengo vergüenza en esta cara. *Llegar hasta el malecón y preguntarte porqué no trajiste el saxo, para que tú me respondas no sabía que me iba a encontrar contigo y me mires directamente a los ojos pensando que ya me tienes, que ya soy tuya, pero te equivocas, Harris, yo no soy de nadie, soy apenas de las palabras que callo y que digo.)*

—Nadie es de nadie –dijo Kirenia.

—Esa es mi filosofía –dijo Harris.

Sentados en el muro miraban el tempestuoso mar de noviembre y sus manos estaban tan cerca que los dedos se rozaban.

Era decir todos están muertos. Era decir todos están muertos y por eso puedo hablar lo que me da la gana. Era decir todos están muertos y por eso puedo hablar lo que me dé la gana y sentarme a la puerta de la iglesia y romper una botella de ron contra esa puerta y gritar yo soy un artista, coño, para que el cura salga y me diga usted lo que es un descarado y sentir que entre el cura y yo hay una comunión especial que el cura me comprende como no me comprende nadie en el mundo, sentir que el cura y yo navegamos en la misma nave, la nave de los locos, por supuesto, decirle al cura ¿Todo bien, padre? Y darle un beso en la calva y luego echarnos a llorar mirando el cielo de la tarde porque será de tarde y repito todos están muertos y para entonces lo sabrán porque ahora no lo saben, Cienfuegos es una ciudad de muertos, Kirenia, le digo y ella me dice si vas a empezar con tus locuras me voy a ir y nuestras bocas están tan cercas pero yo no sé si quiero besarla en realidad. Cienfuegos es una ciudad de muertos, repito y empiezo a comprender muchas cosas, empiezo a darme cuenta entre otras cosas de que si volví aquí es porque estoy muerto también y a eso no hay nada que hacerle, uno se va llenando de esperanzas, esperanzas por lo general huecas, cuando en realidad lo único seguro es que estaremos para siempre sentados en algún banco de este Prado infame, mirándonos los rostros.

(Tengo ganas de decirle: Despierta, Harris, la vida no es ese texto aburrido en tu boca, la vida es algo más que eso, tengo ganas de decirle: Tengo ganas de hacer el amor contigo aunque sea por última vez y que entonces no nos veamos más y nos cojan presos por violar la constitución y nos lleven a fusilar, juntos y tomados de las manos como dos angelitos, esperaremos a que digan fuego, sin besarnos, sin hablarnos pero mirándonos a los ojos, me gustaría que me fusilaran contigo, Harris, tengo ganas de emborracharme contigo, tengo ganas de fumar marihuana, Harris, me muero por un pitillo, esto de estar muerto tiene su precio, Harris. Tengo ganas de tirar papelitos en las aceras, de llenar la calle de papelitos que digan: Uno más uno: dos. Serían los papelitos de la verdad,

nadie podría afirmar que ese mensaje es mentira, Harris.)

Índice

78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100
101
102
103
104

105

106

107

108

109

110

111

112

113

114

115

116

117

118

119

120

121

122

123

124